

LA BÚSQUEDA DE DIOGENES



UN LIBRO PARA HOMBRES DE REINO

OSVALDO REBOLLEDA

LA BÚSQUEDA DE DIÓGENES



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
La búsqueda de Diógenes.....	11
Capítulo dos:	
Hombres con actitud de Reino.....	20
Capítulo tres:	
Hombres esforzados de verdad.....	33
Capítulo cuatro:	
Hombres con autoridad.....	47
Capítulo cinco:	
Hombres con sabiduría de Reino.....	64
Capítulo seis:	
Hombres con valores de Reino.....	80

Capítulo siete:

Hombres íntegros de verdad.....93

Capítulo ocho:

¿Misión cumplida?108

Reconocimientos.....118

Sobre el autor.....120



INTRODUCCIÓN

“Por el Señor son ordenados los pasos del hombre, y el Señor se deleita en su camino”.

Salmos 37:23

Tal vez algunos lectores se estén preguntando el motivo del título de este nuevo libro, mientras que otros, tal vez estén repasando en su mente, si conocen o no, a un personaje bíblico llamado Diógenes. En realidad, Diógenes no figura en la Biblia, pero fue un personaje muy conocido, que vivió de manera muy particular, y que expresó ciertas ideas bastante polémicas para su época. Algunas de las cuales mencionaré oportunamente.

En esta introducción, solo deseo asegurarle que este libro, fue escrito fundamentalmente para los hombres cristianos, y es un libro que considero diferente, desafiante, y al mismo tiempo, capaz de golpear atrevidamente la pasividad espiritual que muchos hombres de fe están padeciendo. Cómo veremos, Diógenes fue un personaje muy desfachatado, y sabiamente irónico, con lo cual, aprovechar su personaje para decir algunas cosas, es una simple licencia literaria que no pude resistir.

Hace muchos años que soy un comunicador de la Palabra de Dios, y por supuesto, no tengo ningún problema

con decir lo que debo decir, pero al igual que le ocurre a varios colegas amigos, tengo la sensación de que los hermanos escuchan con cierto grado de atención, y apresuradamente dicen ¡Amén! Sin embargo, pocos son los que viven el Reino con toda intensidad, por tal motivo, uno busca las variantes para decir efectivamente lo que creemos debe ser gestionado de manera radical, si es que queremos ver manifestado el Reino de Dios con toda plenitud.

Al hablar del Reino y de los diseños de la Iglesia, siempre hago hincapié en identificar al Nuevo Hombre, porque de Él se trata el Nuevo Pacto. Ser cristianos no es practicar una religión, sino vivir en la persona de Cristo (**Hechos 17:28**), lo cual tampoco es una elección personal, sino la soberana determinación del Señor, y de su extraordinaria gracia.

El Nuevo Hombre es Cristo, y está compuesto de todos los renacidos, según su beneplácito. Esto es incluyente para varones y mujeres de todas las edades. No hay diferencias sexuales para la expresión de la vida de Cristo, pero sí es claro, que tenemos roles muy diferentes y definidos, respecto de nuestras funciones particulares, tanto los hombres como las mujeres.

La Biblia nos dice: *“Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”* (**Gálatas 3:28**). Sin embargo, también nos asigna diferentes posiciones, diferentes tareas, y diferentes grados de responsabilidad. En

este caso, propongo que nos enfoquemos en la gestión de los hombres, haciendo un llamado más, al compromiso espiritual verdadero.

En general, diría que en la Iglesia actual, no tenemos problemas con los niños, no tenemos problemas con los jóvenes, a pesar de la cultura tan invasiva que vivimos hoy, porque si los jóvenes, realmente están convertidos, son absolutamente apasionados para vivir a Cristo.

La única dificultad que tiene la Iglesia con los jóvenes son las obsoletas estructuras que Dios nunca estableció, porque ellos no tranzan con ninguna hipocresía que provenga del sistema religioso. Entonces se frustran y algunos dejan de congregarse, pero a la hora de creer y de amar a Jesús, son muy sinceros y apasionados.

Las mujeres, por su parte, son unas luchadoras, que cuando aman al Señor, se la juegan por Él, al igual que saben hacerlo por sus familias. Espiritualmente, son muy sensibles, suelen escuchar al Espíritu Santo con mayor claridad que los hombres, y cuando saben que Dios les dijo algo, no las para nadie. No deseo generalizar, pero en una gran mayoría son jugadas por la fe, y en ese mismo porcentaje, adoran y oran más que los hombres.

Este libro está dirigido, principalmente, a todos los hombres. Es un claro llamado para despertar una actitud diferente. Una actitud sabia, responsable y de acción. No debemos ignorar que los hombres están siendo atacados de

manera feroz por el sistema, y esos ataques son principalmente dirigidos al rol que los hombres deben cumplir espiritualmente en la Iglesia, lo cual también da de pleno en el liderazgo que deben ejercer en sus familias.

Esa hostilidad del sistema, cuando no es contrarrestada por la vida espiritual en Cristo, se vuelve absolutamente destructiva. Muchos hombres están sufriendo graves problemas, porque no ha logrado darle una clara lectura espiritual a esta realidad, y es por eso, que están evidenciando más desorientación que nunca antes.

Este libro no solo surgió con la única idea de exponer el problema, o simplemente exhortar a un cambio, sino también para dar algunas respuestas claras, y señalar una salida válida a la pasividad espiritual que muchos hombres cristianos están sufriendo.

Hoy en día están muy de onda las películas de Marvel, basadas en las historias de diferentes superhéroes. Curiosamente, todos ellos, aunque puedan ser muy poderosos, tienen alguna debilidad que los malignos enemigos aprovechan. Por ejemplo, la conocida Kryptonita para Superman.

En realidad, la kryptonita, no es más que una pieza mineral proveniente del planeta natal de Superman llamado Kriptón, que al estar cerca de él, le produce una gran debilidad, no solo quedando sin sus superpoderes, sino que,

además, su condición, puede llegar a ser peor que la de cualquier hombre normal.

Menciono esto, para ilustrar lo que veo que nos está pasando a los hombres cristianos. Por un lado, decimos haber recibido los superpoderes de Jesucristo, y por el otro, actuamos como seres más débiles que antes de llegar a la fe. Yo he conocido las tremendas historias de vida de muchos hermanos, antes de recibir la gracia del Señor, y la verdad es que algunos vivieron cosas tremendas.

Lo que no llego a comprender, es por qué motivo, después de son introducidos por gracia, a la vida de Cristo, y después de ser empoderados por Su Espíritu Santo, se ablandan de tal manera, que claramente son más débiles que otros hombres sin Dios, que pelean día a día por sus vidas. Tal vez deberíamos preguntarnos ¿Cuál es la Kryptonita espiritual que está debilitando a los hombres del Reino?

Esta debilidad, a la que me refiero, no implica una falta de lucha natural por parte de los hombres cristianos, porque eso, ciertamente lo hacen. Lo que digo, es que muchos no saben luchar espiritualmente, no saben usar los poderes sobrenaturales del Espíritu, no pueden usufructuar la posición recibida en Cristo, o tal vez no saben cómo operar en la unción, y cómo batallar por sus caros intereses. No sé, creo que tenemos mucho por resolver, y eso es lo que pretendo reflexionar en este libro.

Diógenes de Sinope decía, cada día, estar buscando a un hombre honesto, y siempre declaraba que no podía encontrarlo. Este libro persigue una misión, es una misión parecida a la que Diógenes asumió, solo que espero concluirlo con éxito, por causa de no utilizar, como él lo hizo, un pequeño farol para alumbrar su búsqueda, sino que pretendo utilizar la luz de Dios. Los que tienen ojos para leer, lean lo que el Señor está buscando, y lo que en este tiempo Él nos está demandando a todos los hombres del Reino.

“Así que tengan cuidado de su manera de vivir. No vivan como necios, sino como sabios, aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos”.

Efesios 5:15 y 16 NVI



Capítulo uno

LA BÚSQUEDA DE DIÓGENES

“Busqué entre ellos a un hombre que levantara un muro y se pusiera en pie en la brecha delante de mí a favor de la tierra, para que yo no la destruyera, pero no lo hallé”.

Ezequiel 22:30

En este capítulo comprenderán quién es Diógenes y por qué motivo, sin ser un personaje bíblico, consideré su persona para titular este libro. La verdad es que años atrás fui impactado por la historia de su vida, y más allá de las diferencias que pueda tener con su filosofía, su mensaje fue verdaderamente extraordinario.

En los libros de historia, lo encontrarán como Diógenes de Sinope, también llamado Diógenes el Cínico, o Diógenes el Perro. Fue un filósofo griego perteneciente a la escuela cínica. Nació en Sinope, una colonia jonia del mar Negro, hacia el año 412 antes de Cristo, y murió en Corinto en el año 323 a.C.

Diógenes fue un hombre exiliado de su ciudad natal, que se trasladó a Atenas, donde se convirtió en un discípulo de Antístenes, el más antiguo pupilo de Sócrates. Diógenes vivió como un vagabundo en las calles de Atenas, convirtiendo su pobreza material en lo que él consideraba una gran virtud, y con su filosofía de vida, hoy en día, sería considerado como un hombre “antisistema”.

Era un hombre transgresor y desafiante, que en todo momento contestaba con gran ironía. Recordemos que Diógenes pertenecía a la filosofía cínica, y los practicantes del cinismo eran individuos que sostenían la idea de que la felicidad solo podía ser hallada a través de la virtud. Eran hombres que aspiraban a identificarse con la figura del perro, por la sencillez y desfachatez de la vida canina. Generalmente, usaban barba, llevaban alforja, cayado de pastor, y vestían de manera muy sencilla.

Los filósofos cínicos reinterpretaron la doctrina socrática, considerando que la civilización y su forma de vida eran un mal y que la felicidad se producía siguiendo una vida simple y acorde con la naturaleza. Ellos consideraban que los hombres llevaban en sí mismos los elementos para ser felices, sin la necesidad de los bienes materiales. De ahí el desprecio que sentían por las riquezas, y por cualquier forma de preocupación material. En definitiva, creían que los hombres, teniendo menos necesidades, eran más libres y más felices.

Los historiadores dicen, que al comunicarse, Diógenes utilizaba juegos de palabras a manera de metodología, y

cuando alguien le hablaba, ostentando cierta sabiduría, o proponiendo ideas filosóficas, él les respondía con actitudes casi ofensivas, y con palabras cargadas de ironía.

Por ejemplo, se dice que durante los juegos Ístmicos, expuso su filosofía ante un público numeroso, y que en ese lugar, conoció a Alejandro Magno. Se dice que una mañana, mientras Diógenes se hallaba absorto en sus pensamientos, mientras que tomaba sol a las afueras de Corinto, se produjo una gran conmoción, porque la multitud, decía que el rey, Alejandro Magno, había llegado a la ciudad.

Tal era la fama que tenía Diógenes, que el propio Alejandro estaba interesado en conocer al famoso filósofo. Antes de que Diógenes pudiera saber que esto ocurría, se vio rodeado por un montón de ciudadanos que sabían que Alejandro se acercaría a Diógenes. Entonces, se produjo el famoso encuentro.

El joven Alejandro Magno, llegó acompañado de la guardia que lo escoltaba, y de una gran cantidad de hombres que lo seguían. Alejandro se puso frente a Diógenes y dijo: “*Soy Alejandro*”, a lo que el desalineado viejo respondió: “*Y yo soy Diógenes, el perro*”. En ese momento, hubo grandes murmullos de asombro, ante la desafiante respuesta del filósofo, pues nadie se atrevía a hablarle así al gran rey.

Entonces Alejandro Magno le preguntó: “*¿Por qué te llaman Diógenes, el perro?*”, a lo que Diógenes le respondió: “*Porque alabo a los que me dan, ladro a los que no me dan*”

y a los malos los muerdo...” De nuevo, hubo un gran murmullo entre la gente, pero Alejandro no se dejó inmutar por esas respuestas y le dijo: *“Pídeme lo que quieras”*.

Ante esto, la gente estaba emocionada, era lo que cualquier mortal hubiera querido escuchar del poderoso Alejandro Magno, pero Diógenes, sin inmutarse y casi sin abrir sus ojos, le contestó: *“Quítate de dónde estás que me tapas el sol...”* Los presentes hicieron una exclamación generalizada, ante una petición tan absurda y cínica, a un rey tan poderoso como Alejandro Magno.

El rey se sintió muy sorprendido y con gran autoridad le preguntó: *“¿No me temes?”*, a lo que Diógenes le contestó con gran aplomo, haciéndole otra pregunta: *“Gran Alejandro, ¿te consideras un buen o un mal hombre?”*. Alejandro le respondió: *“Me considero un buen hombre”*, por lo que Diógenes le dijo: *“Entonces... ¿Por qué habría de temerte?”*.

Toda la gente se escandalizó, pero el rey levantó su mano haciendo callar a todos, y diciendo: *“Silencio... ¿Sabéis qué os digo a todos? Que si no fuera Alejandro, me gustaría ser Diógenes”*. Esta frase se hizo muy popular, al igual que el viejo Diógenes, que, en aparente estado de mendicidad, fue reconocido y admirado por el rey más poderoso de la tierra.

Incluso, los historiadores dicen que en otra ocasión, Alejandro encontró al filósofo mirando atentamente una pila

de huesos humanos, ante lo cual le preguntó qué es lo que estaba haciendo, y Diógenes, cínicamente, le respondió: *“Estoy buscando los huesos de tu padre, pero no puedo distinguirlos de los de un esclavo...”* Como vemos, Diógenes no tenía filtros, y sus respuestas eran duras, pero no buscaban ofender, sino entregar irónicamente una gran lección de vida; y por cierto, lo lograba, porque sus respuestas han perdurado hasta nuestros días, y mucho más allá de reyes, o gente de influencia.

Su forma austera de vivir, hizo que Diógenes no habitara en una casa normal, sino que permanecía en una tinaja, o una barrica, conforme algunos la describen. Era toda una personalidad, por eso, nunca faltaba que alguien le acercara algún alimento, o algo que supliera sus necesidades más básicas.

Para los habitantes de la ciudad, Diógenes era todo un personaje, algunos le tenían temor, y otros lo observaban de lejos. Eso no sucedía porque Diógenes hubiera hecho algo malo, o porque fuera un hombre violento, sino porque no llegaban a comprender fácilmente sus palabras o sus reacciones. Digamos que era irónico pero sabiamente elevado, y eso lo hacía alguien imprevisible, lo cual generaba gran incomodidad en las personas.

Quienes comenzaron a apodar a Diógenes como el perro, tenían la clara intención de insultarle con un epíteto tradicionalmente despectivo. Pero el paradójico Diógenes halló muy apropiado el calificativo y se enorgulleció de él.

Había hecho de la desvergüenza uno de sus distintivos, y el emblema del perro, le debió parecer adecuado para defender su conducta.

Algunos discuten su filosofía, pero en realidad, Diógenes no dejó escritos que se pudieran analizar profundamente. Solo hay anécdotas o historias que han trascendido por medio de terceros. Incluso sin haber sido un acumulador, se llegó a poner su nombre en el síndrome que sufren los que acumulan objetos. Hay mucha mística, y muchas historias atribuidas a Diógenes. Pero ¿de todo esto, qué fue lo que llamó mi atención?

¿Cuál es la misión a la que hago referencia en el título de este libro? Bueno, habitualmente Diógenes salía a recorrer la ciudad con un farol en su mano, a cualquier hora del día. Cuando cruzaba a alguien, se le acercaba atrevidamente, lo alumbraba con su farol y decía: *¡Busco a un hombre, busco a un hombre honesto, busco a un hombre íntegro y no puedo encontrarlo!*

Una vez más, y con esos dichos, Diógenes confrontaba a la sociedad reclamando, a su manera, respecto de la ausencia de hombres con valores de verdad. Él veía la degradación social de aquellos tiempos, y con su vida, envasaba mensajes capaces de trascender en el tiempo. Es por eso que me pareció interesante recoger su ironía y preguntarnos: ¿Cómo estamos hoy? ¿Es fácil encontrar a hombres honestos, íntegros y diferentes? Así como

podríamos preguntarnos, ¿qué califica a un hombre para ser considerado de esa manera?

“Muchos hombres proclaman su propia lealtad, pero un hombre digno de confianza, ¿quién lo hallará?”

Proverbios 20:6

La ironía de Diógenes, en cuanto a salir en pleno día con la lámpara encendida; más que una pretensión personal, o la simple burla de un filósofo, es una lección dejada históricamente para que todos reflexionemos, respecto de la necesidad de volvernos a Dios, para llegar a ser los hombres que nuestra familia y nuestra sociedad necesita.

Esta búsqueda fuera de Cristo sería una utopía, pero no porque de manera natural no podamos encontrar hombres honestos, o íntegros de verdad, porque ciertamente debe haber más de uno, sino porque la única esperanza para este mundo, no está basada en la integridad de hombres naturales, sino en el Nuevo Hombre, que es espiritual y que debe ser expresado a través de Su cuerpo, que es la Iglesia.

Nosotros tenemos una lámpara más efectiva que la de Diógenes. Una lámpara que, aun a través de pequeños destellos, puede lograr la identificación de todo lo que pertenece al Nuevo Hombre y todo lo que no. Aquí es donde entra en juego mi propósito con este libro. Que los hombres cristianos, podamos ocupar nuestro rol, procurando la manifestación del diseño divino.

Los hombres cristianos, podemos ser honestos en la intención de actuar diariamente con absoluta integridad, pero lo que el Reino propone, no es ofrecer al mundo hombres buenos, sino un solo y Nuevo Hombre, que es Cristo expresado a través de todos los renacidos. Eso nos conduce a la dependencia, y no al voluntarismo personal.

Como aclaré en la introducción, este diseño no diferencia a los hombres de las mujeres (**Gálatas 3:28**), o incluso de los niños (**Mateo 19:14**); sin embargo, mi exhortación en este libro, es para los hombres cristianos, porque, claramente, veo una gran carencia en esta facción de la Iglesia actual.

La verdad es que veo a niños que, si son correctamente discipulados, fluyen fácilmente bajo las ideas del Reino. Veo a mujeres de fe, que son luchadoras, que oran, que dan y que se comprometen con mayor sensibilidad que los hombres, y eso es muy alarmante, porque así como los hombres han retrocedido en la expresión de su esencia en la sociedad actual, lo están haciendo en la Iglesia y eso es algo que no debemos ignorar.

Es una necesidad absoluta en la Iglesia de este tiempo, recuperar la figura del hombre, como servidor de Cristo, como líder, como ministro, como esposo, como padre, como proveedor, como protector y como principal responsable del diseño familiar. Necesitamos la expresión espiritualmente trascendental de hombres verdaderamente comprometidos con el Reino.

Espero que de ahora en más, cada capítulo de este libro, pueda alumbrarnos el rostro, tal como lo hacía ese mítico farol de Diógenes de Sinope, buscando en cada uno de nosotros el mejor perfil de nuestra hombría. En realidad, solo deseo que se entienda la idea, pero apelo a que la luz que nos alumbre, sea la de la lámpara de Dios, la cual es absolutamente capaz, de encontrar a los hombres de Reino que la Iglesia necesita.

Hombres rendidos a Dios en todos los sentidos, capaces de obedecer su voluntad con alegría, que no vivamos enfocados en las imposiciones de la sociedad actual, sino en los principios del Reino, y que voluntariamente sirvamos a Dios con pasión, ofreciendo libremente y sin reservas, todos nuestros recursos personales. Incluso, aceptando con gran fortaleza, toda hostilidad espiritual, cada vez que debamos sufrirla.

“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Dios de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.”

Miqueas 6:8



Capítulo dos

HOMBRES CON ACTITUD DE REINO

“Oh Dios, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos...”

Daniel 9:8

Hoy en día, estamos viviendo una degradación total de los valores cristianos. Valores que durante siglos influenciaron para bien la sociedad occidental. Muchos consideran esto como el resultado lógico de una sociedad en asimilación de cambios, y otros ven esta situación como los efectos de la evolución humana.

En realidad, al observar la sociedad de manera general, vemos un desarrollo impresionante de la ciencia y de la tecnología, lo cual nos lleva a pensar que somos una generación más inteligente que las anteriores, pero al mismo tiempo, vemos una decadencia indiscutible respecto de la

calidad del pensamiento intelectual, y como algo mucho peor, la degradación de la moral, de los valores y del desarrollo espiritual.

La corrupción de las ideas y de los valores, es algo innegable; la pregunta sería: ¿Cuál ha sido la fuente de la enseñanza para dichos cambios? ¿El problema son los medios públicos, las redes sociales, o los programas de estudio? ¡No! La verdad es que no. Sin dudas, todo eso evidencia y magnifica la condición humana, pero según la Biblia, la causa no comienza ahí, sino en la falta de luz espiritual y el desconocimiento de la verdad divina.

Una sociedad que le da la espalda a Dios, no puede más que involucionar y dirigirse al abismo. Puede crecer la ciencia, pero no la moral; puede crecer la tecnología, pero no la sabiduría de vida. Las tinieblas no son otra cosa que la ausencia de luz, y mientras más el hombre se aleja de Dios, peor es su condición interior.

En definitiva, la sociedad se encuentra en esta decadente situación, porque los hombres se han apartado del Dios vivo, y eso ha generado una gran confusión generalizada. El profeta Daniel lo dijo claramente: ***“Nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos”***. Aquí la culpa no la tienen los niños, ni las mujeres que, impulsadas por una corriente de pensamiento social, están ocupando lugares que el hombre ha resignado.

Estamos perdiendo valores que en el Reino son fundamentales, y estamos perdiendo la honestidad espiritual para reconocer abiertamente, que somos los hombres, los que debemos recuperar nuestra posición y hacernos cargo de las demandas divinas de esta generación. Debemos tomar consciencia, de la imperiosa necesidad de volvernos a Dios como hombres valientes y cambiar situaciones desde el seno de nuestro hogar.

Hoy en día, no solamente hay hermanos confundidos, sino también, muchos líderes confundidos. En la época de Daniel, los hombres de Israel, sabiendo que Dios era justo, y que les demandaba justicia, actuaron injustamente, porque no buscaron Su rostro, no se habían acercado a Él, más bien habían caminado en otra dirección. Esto generó que Dios, simplemente, los observara de lejos. Entonces, cuando se produjo el alejamiento, quedaron en penumbras y, por causa de la oscuridad, se confundieron.

¡En las tinieblas es fácil confundirse! Y por lógica, la sociedad está manifestando eso. Lo que no puede ocurrirnos, es que los hombres cristianos andemos confundidos. Debemos comprometernos radicalmente con el Reino, y debemos profundizar en la búsqueda de la sabiduría divina, porque esa es la luz que Dios ha preparado (**Salmos 36:9**).

No podemos perder más tiempo, lo que Dios nos está planteando es justo, y nuestra es, la confusión de rostro. Tomemos ejemplo de esto, y actuemos como Daniel, quien se activó tras asumir la confusión de todos, tan solo por

incluirse como ciudadano de la entonces, tibia nación de Israel.

Recordemos que Daniel apenas era un joven adolescente cuando fue deportado a Babilonia. Él podría haber cultivado un gran resentimiento contra Dios, porque padeció las injusticias del hambre, la desintegración y la cautividad provocada por el gran imperio de Babilonia gobernado por el rey Nabucodonosor.

Sin embargo, todos sabemos que lo que caracterizó la vida de Daniel, siempre fue su fidelidad y su devoción a Dios. Él comprendió que las generaciones que lo precedieron se habían alejado de la voluntad de Dios, y que, lógicamente, eso produjo tristes consecuencias para todos, incluyéndolo a él, a pesar de su juventud.

Al llegar a Babilonia, Daniel fue escogido, junto a otros jóvenes, para ser capacitados en los caminos de los babilonios, con la idea de usufructuar sus capacidades, poniéndolos al servicio del rey (**Daniel 1:1 al 6**). Daniel, cuyo nombre significa “Dios es mi juez”, fue promocionado junto a tres compatriotas de Judea, quienes también fueron escogidos, y a todos ellos se les cambió el nombre.

Daniel se convirtió en “*Beltsasar*”, mientras que los otros jóvenes, llamados Ananías, Misael, y Azarías se convirtieron en “*Sadrac*”, “*Mesac*” y “*Abed-nego*”. Los babilonios probablemente les dieron nuevos nombres que no estaban asociados con sus raíces hebreas, para hacer que

Daniel y sus amigos rápidamente se involucraron en la cultura babilónica.

Daniel y sus compatriotas demostraron ser los más sabios de todos los aprendices, y, al final de su formación, entraron al servicio del rey Nabucodonosor. La primera señal de la fidelidad de Daniel para con Dios, fue cuando él y sus tres amigos rechazaron la deliciosa comida y el vino de la mesa del rey, porque estaban consagrados a falsas deidades, y ellos consideraron eso como una posible contaminación, por lo cual, prefirieron comer legumbres y agua, con tal de no pecar ante Dios.

Curiosamente, para sus guardias, los jóvenes que comían escasamente, se veían cada vez mejor, y sus semblantes permanecían bien, al igual que la fortaleza y sabiduría que demostraban. Ciertamente, fueron probados, pero en cada caso, demostraban ser mejores que el resto de los jóvenes. Por tal motivo, les permitieron continuar con la dieta que habían elegido.

En su educación, estos cuatro jóvenes de Judá se convirtieron en conocedores de todos los asuntos babilónicos, y Dios le dio la habilidad a Daniel para entender, visiones y sueños (**Daniel 1:17**). Es decir, que no solo eran inteligentes de manera natural, sino que estaban dotados espiritualmente. De hecho, los amigos de Daniel, fueron sentenciados a muerte. Los arrojaron a un horno de fuego y no solo no murieron, sino que todos presenciaron la aparición

de un ser sobrenatural que los acompañó entre las llamas (**Daniel 3:16 al 30**).

En el segundo año de su reinado, Nabucodonosor se perturbó con un sueño que no pudo interpretar y que incluso no lograba recordar muy bien. Entonces, hizo llamar a magos, astrólogos, encantadores y caldeos, para que le explicasen el sueño que había soñado. Por supuesto, todos estaban dispuestos a tratar de interpretar el sueño, pero primero, le pedían a Nabucodonosor que les contara de qué se trataba el sueño que había tenido.

El rey se negó a dar detalles, pero les exigió una revelación de sus sueños. Los hombres le dijeron que revelar el sueño en sí, era una tarea imposible para cualquier hombre, lo cual enojó muchísimo al rey, quien decretó que todos los sabios, incluyendo a Daniel y sus compañeros, debían ser ejecutados.

Al enterarse Daniel, de lo que estaba ocurriendo, pidió un poco de tiempo para buscar a Dios en oración, procurando la revelación del misterioso sueño del rey. Hecho esto, lo llevaron ante el rey para interpretar el sueño. Daniel se disculpó por la demora, agradeció la oportunidad, y atribuyó inmediatamente al único y verdadero Dios, su habilidad para interpretar sueños (**Daniel 2:28**).

No deseo entrar en los detalles del sueño, que ciertamente son muy trascendentes, pero por causa de mi tema, solo diré que el aspecto clave, estaba vinculado a un

Reino que sería establecido por Dios que sería eterno, y que el Reino, destruiría a todos los reinos anteriores establecidos por los hombres, incluyendo el del mismo Nabucodonosor (**Daniel 2:44 y 45**).

Al poder interpretar el sueño, Daniel fue honrado por el rey Nabucodonosor, y puesto en autoridad sobre todos los sabios de Babilonia. A petición del Daniel, sus tres compatriotas también fueron colocados en posiciones de autoridad como administradores de Babilonia.

Más tarde, el rey Nabucodonosor tuvo otro sueño, y nuevamente Daniel fue capaz de interpretarlo correctamente, a pesar de incluir detalles de juicio, si es que el rey persistía en una posición de orgullo como la que tenía. Por su parte, el rey reconoció que Daniel tenía el Espíritu de Dios operando en su vida (**Daniel 4:9**), lo cual le otorgó mayor prestigio y respeto.

El sueño se cumplió tal como Daniel lo había dicho, y el rey Nabucodonosor, experimentó un duro período de locura. Luego recuperó su razón, con lo cual reconoció al Dios de Daniel como el Dios Altísimo (**Daniel 4:34 al 37**), y desde entonces, su vida cambió para siempre.

Con el tiempo, Daniel también sirvió a Belsasar, el hijo de Nabucodonosor, quien se convirtió en el nuevo rey. Este también fue un hombre cargado de orgullo, por lo cual, durante un banquete, ordenó que se utilizaran las copas de oro y de plata que habían sido robadas del templo santo en

Jerusalén. Como consecuencia de la profanación de esos elementos sagrados, el rey tuvo una visión. Sus astrólogos fueron incapaces de ayudarlo en su interpretación, y por eso, una vez más, Daniel fue convocado a interpretar la visión del rey (**Daniel 5:13 al 16**).

Como recompensa por interpretar la escritura que el rey había visto en una pared, Daniel fue promovido por el rey Belsasar a la tercera posición más alta en el reino babilónico; sin embargo, esa noche, como Daniel lo había profetizado, el rey fue muerto en batalla, y su reino fue absorbido por el persa Ciro el Grande y Darío de Media fue hecho rey.

Bajo este nuevo gobierno, Daniel sobresalió en sus deberes como uno de los gobernadores, a tal grado que el rey Darío estaba pensando ponerlo sobre todo su imperio (**Daniel 6:1 al 3**). Esto enfureció muchísimo a los otros gobernadores, que por causa de la envidia que acunaron, buscaron la manera de acusar a Daniel. En vista de que no pudieron hallar ninguna falta en él, centraron su atención en la fe de Daniel.

Mediante la adulación personal, los gobernadores persuadieron al rey Darío, de que emitiera un edicto prohibiendo la oración a cualquier dios, durante un espacio de treinta días. Condenando a quienes lo desobedecieran, a un castigo de muerte, arrojándolos al foso de los leones. Por supuesto, Daniel desobedeció el edicto, porque oró a Dios tal como lo hacía cada día.

Como Daniel no hizo ningún intento de ocultar su actividad, se le halló orando y fue arrestado. Con gran pesar, el rey dio la orden de que Daniel fuera echado en el foso de los leones, pero no sin una oración, en la que deseó, que Dios lo librara de semejante mal (**Daniel 6:16**). Al día siguiente, Daniel fue encontrado vivo, y le contó al rey, que Dios había enviado un ángel para cerrar las bocas de los leones para que no le hiciesen daño.

Este milagro hizo que el rey Darío enviara una ordenanza de que todos sus súbditos adoraran al Dios de Daniel, mientras que Daniel fue promocionado y siguió prosperando en todo el reinado del rey Darío.

Daniel fue un hombre que siempre ejerció una gran integridad espiritual y, al hacerlo, recibió el respeto y el afecto de los poderosos gobernantes a los cuales sirvió. Su fe no fue un obstáculo para su éxito, por el contrario, la continua devoción a Dios, le produjo a Daniel, la admiración de los incrédulos que estaban a su alrededor.

Como resultado de su devoción, Daniel halló gracia con el hombre y con Dios (**Daniel 9:20 al 23**). Los años pasaron, y un día, Daniel estaba leyendo los escritos del profeta Jeremías, cuando de pronto se despertó en él, el entendimiento de la buena Palabra, lo cual lo activó a nuevas dimensiones.

“Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar. Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón...”

Jeremías 29:10 al 13

Al leer esta Palabra, los ojos espirituales de Daniel se abrieron, y la luz le otorgó el entendimiento para comprender que ya habían pasado setenta años de su cautividad, y que la promesa de Dios, era que, pasado ese tiempo, debían orar con sinceridad de corazón, en pos de que los cielos se abrieran, a favor de la liberación de toda la nación.

Daniel comenzó a clamar a Dios en oración, hizo confesión, y ayunó durante varios días. Se conectó con el cielo, y dio testimonio a los hombres de su nación. Su actitud no pasó desapercibida, y fue visitado por el ángel Gabriel, a través de quien, Dios le confirmó las promesas de liberación para el pueblo.

Lo curioso de la actitud de Daniel, fue que no dijo: “Si está escrito, Dios lo hará, ¿para qué voy a ponerme a orar y ayunar?” Al contrario, se activó, y no solamente hizo eso, sino que confesó los pecados de los gobernantes judíos, y de toda la nación, tal como si hubiera sido él mismo, quien los hubiera cometido.

“Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro, como en el día de hoy lleva todo hombre de Judá, los moradores de Jerusalén, y todo Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras adonde los has echado a causa de su rebelión con que se rebelaron contra ti.”

Daniel 9:5 al 7

La actitud de Daniel es muy aleccionadora, y ojalá hoy en día, los hombres podamos expresar una actitud semejante. Daniel logró movilizar a las familias que se habían acomodado a la vida de Babilonia, logró sacar a muchos de su zona de comodidad, para ir en busca de lo que Dios tenía para ellos, que era la restauración de Jerusalén.

Hoy estamos en una posición similar. Estamos siendo afectados por este sistema babilónico, y muchos se han acomodado a la cultura de este tiempo. Debemos salir de nuestra zona de comodidad, debemos buscar la presencia de Dios, y empoderados por Su Espíritu, debemos salir de Babilonia, y al igual que lo hizo Nehemías, debemos restaurar los muros espirituales que el enemigo ha derribado.

De hecho, hubo muchos judíos que no despertaron al llamado divino de volver a su tierra. Entonces, Daniel, en

lugar de frustrarse, hizo un nuevo ayuno y continuó clamando por la total liberación. Entonces el ángel se le apareció diciéndole: ***“Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido...”*** (Daniel 10:12).

El cielo siempre responde, y lo que estamos viviendo hoy, está anunciado. El Señor habló claramente de los tiempos finales, y dijo que debíamos tener una actitud caliente, o fría si no había un acuerdo claro, pero que no debíamos permanecer tibios (**Apocalipsis 3:16**). Dijo además, que en los tiempos finales, el amor de muchos se enfriará (**Mateo 24:12**).

Este es el tiempo anunciado, y los hombres debemos tomar partido, con una clara actitud de fe. Dios nos está hablando claramente, y desea despertarnos con Su buena Palabra. La pregunta es: ¿Encontrará el Señor, a hijos con la suficiente integridad espiritual como para entrar en acción?

Jesús se preguntó esta misma cuestión al enseñar sobre la fe y la actitud perseverante, diciendo: ***“Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”*** (Lucas 18:8). Personalmente creo que sí. Soy consciente de que no serán muchos, los que actuarán como Daniel, pero seguramente habrá un remanente de hombres con actitud de Reino, capaces de enfocarse en la voluntad de Dios y actuar conforme al tiempo que vivimos.

Debemos volvernos a las dimensiones de la libertad espiritual, debemos salir de toda influencia de la Babilonia actual, debemos restaurar las fortalezas capaces de defender las riquezas que tenemos en Cristo, y no debemos abandonarnos a la espera pasiva. Debemos luchar por nuestras familias y por nuestros derechos espirituales.

La pregunta es: ¿Habrán algunos hombres de Reino que estén dispuestos a luchar? El Señor nos está buscando. De la misma manera en que Diógenes alumbraba el rostro de cada hombre que cruzaba, para anunciarle su búsqueda, el Señor nos está alumbrando el corazón con Su Palabra, y nos está llamando a despertar, en reconocimiento y en actitud combativa.

Este es un tiempo muy especial. No solo debemos escuchar el llamado divino, sino que también, y bajo la misma luz divina, debemos observar el panorama global que estamos viviendo. Es imperiosa la necesidad de que en la Iglesia actual, se levanten los hombres con mentalidad de Reino, para clamar por la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

“Y ahora, Dios nuestro, escucha nuestra oración y nuestras súplicas, y haz resplandecer tu rostro sobre tu santuario, por amor de ti mismo, oh Señor.”

Daniel 9:17 PDT

Capítulo tres

HOMBRES ESFORZADOS DE VERDAD

“Y el ángel de Jehová se le apareció, y le dijo: Jehová está contigo, varón esforzado y valiente”.

Jueces 6:12

Gedeón fue el quinto juez y reconocido como el más grande de Israel. El relato de su vida se registra en el libro de los Jueces. El trasfondo de la biografía de Gedeón comienza con los israelitas que fueron asolados por los madianitas como consecuencia de la desobediencia de Israel para con Dios (**Jueces 6:1**). En realidad era algo que Dios no deseaba para su pueblo, pero ellos se desviaban permanentemente, edificando altares paganos y haciendo alianzas con pueblos extranjeros.

En esos días, Dios le envió a sus profetas, para recordarles la bendición y la protección que les había otorgado en el pasado, y lo rápido que ellos lo estaban

abandonando, al alejarse de su Ley y de la sincera adoración (**Jueces 6:8 al 10**).

Los pecados de la nación eran recurrentes, así que cada tanto, la mano de Dios los soltaba, y eran atacados por naciones extranjeras. En este caso, durante casi siete años se habían enfrentado a las invasiones de los madianitas, amalecitas y extranjeros orientales que arruinaron sus cosechas y destruyeron su ganado. La disciplina de Dios por medio de las naciones extranjeras hacía que los israelitas clamaran a Él por ayuda (**Jueces 6:6**), pero tristemente, en tanto la situación mejoraba un poco, se apartaban nuevamente.

La misericordia de Dios con su pueblo, parecía no tener límite, porque ante sus clamores, Él siempre intervenía bondadosamente para liberarlos. En los días de Gedeón, lo primero que hizo fue enviar al Ángel del Señor para entregarle un mensaje, ordenándole que reuniera un ejército para enfrentar a los madianitas (**Jueces 6:14 al 16**).

Gedeón, cuyo nombre significa “cortador de árboles”, pertenecía a una familia poco distinguida de los abiezeritas, y se veía a sí mismo, como no apto para el servicio de Dios (**Jueces 6:15**). De hecho, ante la llegada del mensajero, lo vemos muy asustado, escondiendo trigo en el lagar, ante la inminente llegada de los madianitas. Curiosamente, el Ángel le dice: *“Dios está contigo, varón esforzado y valiente”*.

La verdad es que Gedeón, no parecía muy valiente, pero ciertamente se estaba esforzando, y Dios, que conoce los corazones de los hombres, no envió a su Ángel a la persona equivocada, por algo lo escogió a Gedeón y lo calificó de esa manera. Lo que deberíamos considerar, es el motivo por el cual nos escogió a nosotros. ¿Qué ha visto Dios en nuestras vidas, para escogernos como hijos amados en esta generación tan especial? ¿Qué está esperando de nosotros? Tal vez, el apóstol Pablo nos puede dar una clara respuesta:

“Recuerden lo que ustedes eran cuando Dios los eligió. Según la gente, muy pocos de ustedes eran sabios, y muy pocos de ustedes ocupaban puestos de poder o pertenecían a familias importantes. Y aunque la gente de este mundo piensa que ustedes son tontos y no tienen importancia, Dios los eligió, para que los que se creen sabios entiendan que no saben nada. Dios eligió a los que, desde el punto de vista humano, son débiles, despreciables y de poca importancia, para que los que se creen muy importantes se den cuenta de que en realidad no lo son. Así, Dios ha demostrado que, en realidad, esa gente no vale nada. Por eso, ante Dios, nadie tiene de qué sentirse orgulloso”.

1Corintios 1:26 al 29

Esta es la maravilla del evangelio del Reino. Somos débiles, necios y pobres. Pero, Dios tiene un “pero” para nuestra pobreza y debilidad. Ese “pero” es Cristo. Si somos hijos de Dios es porque Él nos libró del reino de las tinieblas y nos trasladó a la persona de Cristo. Y siendo Él, la sabiduría misma, la justificación, la santificación y la redención, se

impartió en nosotros, empoderándonos para caminar en Su propósito.

Es por Cristo, que nosotros podemos ahora ser sabios, y es por Él, que somos redimidos, justificados y santificados. Por Él y solo por Él. Porque no hay otra forma. Esa es nuestra gloria, que podemos vivir en Él, movernos en Él y ser en Él (**Hechos 17:28**). Tal vez, éramos menos dignos que Gedeón; tal vez, estábamos más asustados que él, de todo aquello que nos acontecía en la vida, pero Dios nos visitó con su gracia, y nos llamó a ser parte de su gloria eterna.

Puede que en algún momento de debilidad, un familiar o un amigo, nos haya alentado con una palabra de ánimo, y eso es muy bueno, pero qué diferente suena, cuando el mismo Señor, nos puede decir, al igual que a Gedeón: ***“Dios está contigo, varón esforzado y valiente”***. No sé cuántos hermanos se pueden sentir así, pero qué extraordinario sería si, en este tiempo, los hombres le creyéramos más a Dios, que al sistema, y nos levantáramos empoderados en Cristo, para pelear por la expansión del Reino.

Ciertamente, no necesitamos la valentía física como la de Gedeón, porque él tuvo que enfrentar a ejércitos extranjeros con la espada en su mano, lo cual no debe haber sido nada fácil, pero nosotros no tenemos esos desafíos por delante. No imagino a los hombres cristianos de hoy en día, librando ese tipo de batallas, pero estoy convencido de que al menos podemos brindarle al Señor hombres verdaderamente esforzados.

Durante su conversación con el Ángel, se hizo evidente para Gedeón, que en realidad estaba hablando con el Señor mismo (**Jueces 6:16**). No obstante, necesitó la seguridad de una señal, para saber que ciertamente estaba ante Dios, y que era Él, quien lo llamaba a la difícil tarea de dirigir una fuerza militar contra Madián (**Jueces 6:17**).

Gedeón le pidió al ángel del Señor que se quedara dónde estaba, mientras él iba a preparar una comida para ofrendarle. Gedeón regresó con algo de comida, la puso sobre una peña y el Ángel le dio una clara señal: *“Y extendiendo el ángel del Señor el báculo que tenía en su mano, tocó con la punta la carne y los panes sin levadura; y subió fuego de la peña, el cual consumió la carne y los panes sin levadura. Y el ángel del Señor desapareció de su vista”* (**Jueces 6:21**). Gedeón construyó un altar en ese lugar y lo llamó *“El Señor es paz”*, porque se dio cuenta de que había visto a Dios y no había muerto (**Jueces 6:22 al 24**).

Esa misma noche, Gedeón destruyó el altar a Baal, y el poste de Asera que pertenecía a su padre (**Jueces 6:25 al 28**). Por esta osada acción, Gedeón recibió el nombre de Jerobaal, que significa “que Baal contienda contra él” (**Jueces 6:32**). Esto nos enseña que la primera batalla que debemos enfrentar, está en ordenar nuestra casa y nuestra familia. Esto, no debemos hacerlo poco a poco. Si realmente hemos creído, no podemos más que provocar un impacto de cambio en nuestra casa.

Conozco muchos testimonios de hermanos que al convertirse experimentaron cambios radicales en todas las áreas de sus vidas, pero lamentablemente hoy en día, veo a muchos hombres demasiados pasivos espiritualmente. Hombres que no ejercen autoridad en su casa, de manera que el Reino sea respetado, y Dios honrado por todos los integrantes de la familia. Es más, los hombres tendrían que ser los primeros en honrar a Dios, con sus actitudes, con su tiempo, con sus recursos y con todo lo que tienen.

De hecho, puedo ver a muchos hermanos que acompañan a sus esposas a la reunión del domingo, pero ellos viven solo como creyentes. No lo hacen como hombres del Reino, no se comprometen, no batallan en la fe, no gobiernan bien su casa, y eso, ciertamente, nos está pasando factura en la expresión del diseño divino, que es la Iglesia.

Jesús dijo: *“Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo y tome su cruz”* (Lucas 9:23). Esto no implica una fiesta al bienestar personal, sino el dolor y la angustia de seguir a un Rey que fue crucificado por el sistema de este mundo. Debemos comprender que si a nuestro Rey le ocurrió eso, la hostilidad espiritual, también será sobre nosotros como embajadores y ciudadanos de su Reino.

Si declaramos nuestra fidelidad a Jesucristo, el sufrimiento nos expondrá y nos refinará (1 Pedro 4:12), eso es inevitable. El sistema nos despreciará, y repudiará (Juan 15:18), Satanás y sus demonios nos atacarán (Juan 10:10), y nuestro propio pecado tratará de arruinarnos por dentro (1

Pedro 2:11). Si ignoramos esto, o nos negamos a luchar, no tenemos ninguna posibilidad de expresar la vida del Reino.

Luego habrá personas que nos amarán, que reconocerán de buena gana nuestra unción, y que incluso se sentirán atraídos hacia ella, pero no es necesario que nos preparemos para eso. Cualquiera puede gestionar el afecto, lo que debemos hacer, es prepararnos para la hostilidad.

En su tiempo, el apóstol Pablo dijo que muchos de los hombres estaban “*envanecidos*” (**1 Timoteo 6:4**). Es decir, que en lugar de estar humillados por la gracia y la misericordia de Dios, usaron el evangelio para sentirse mejor consigo mismos. Hoy en día, creo que eso es algo muy común, no precisamente generado con malicia, o de manera intencional, sino por causa de los paradigmas sembrados por la cultura humanista que vivimos.

Así como Adán y Eva, que en el jardín, se apoyaron en la gracia de Dios para intentar convertirse en dioses. Muchos cristianos, hoy en día, pretenden utilizar la gracia para concretar sus deseos, incluso diciéndole a Dios cada día, lo que debe hacer a favor de ellos. El humanismo procura poner a Dios al servicio del hombre, pero el Reino se expresa a través de hombres que desean complacer y servir al gran Rey.

Nuestras oraciones deberían servir para buscar dirección, y en el reconocimiento de la soberanía divina, expresar nuestras necesidades. Hoy en día, son pocos los que

claman por dirección; más bien diría que la mayoría, pretende dirigir el poder de Dios en favor de sus planes.

El ego y la vanidad no fueron los únicos enemigos a los que se enfrentaron los hombres cristianos del primer siglo. Pablo dice que también tenían *“un interés corrompido en discusiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, y constantes rencillas entre hombres”* (1 Timoteo 6:4 y 5 PDT). Increíblemente, esta expresión, parece directamente dirigida a la Iglesia actual.

Las palabras de Pablo, parecen una clara descripción de lo que producen los medios de comunicación, o más precisamente las redes sociales. Lamentablemente, vemos, cada día, un aumento de intereses corrompidos a través de discusiones necias y sin sentido, generadas en las redes sociales.

Creo que hoy en día, mientras los hombres, navegamos a través de las redes sociales, o vemos las últimas noticias, o incluso cuando observamos atentamente los comentarios de gente que ni conocemos, deberíamos preguntarnos, cuánto de lo que estamos permitiendo que entre en nuestra alma, encaja en los dichos de **1 Timoteo 6:4 y 5**, o en la vida de Reino que decimos pretender.

Además, ¿cuánta de nuestra atención ha sido dirigida hacia las controversias pasajeras y los debates vanos de las redes sociales? ¿Cuántos hemos sido alimentados con

noticias sospechosas, envidias o calumnias, sin darnos cuenta de cuán venenosa es esta clase de dieta para nuestra fe? Las redes sociales se han convertido en la usina de la libre opinión, y tristemente, muchas de esas críticas apuntan a la misma Iglesia.

Hoy en día, todos somos influenciados por la comunicación de los medios y de las redes sociales. Unas décadas atrás, esto era simplemente una utopía, pero hoy en día, es una situación innegable y deberíamos plantearnos cuán asociados estamos con los pensamientos ajenos, porque parece extrañamente fácil que las personas se suban al pensamiento de otros, o que cambien livianamente sus ideas.

La serpiente de génesis sigue operando en nuestros días. El apóstol Pablo dijo: ***“temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo...”*** (2 Corintios 11:3). Tal vez, no estamos siendo absolutamente conscientes de cuán importantes son los medios, y la voz del sistema, en la implantación de paradigmas ajenos al Reino.

No deberíamos ignorar que la serpiente de génesis, es la misma mencionada en apocalipsis, con la diferencia de que su poder ha crecido, porque se ha convertido en dragón. ***“Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero...”*** (Apocalipsis 12:9). Es claro que igualmente terminará cumpliendo su condena, pero no debemos ignorar,

que sus grados de engaño han aumentado y aumentarán mucho más en estos tiempos finales.

Volviendo a nuestro personaje ejemplar, vemos que después, una alianza entre enemigos de Israel agravó la situación. Entonces, el Espíritu del Señor vino sobre Gedeón, y cuando este tocó el cuerno, los abiezeritas se reunieron con él, así como los hombres de las tribus de Manasés, Aser, Zabulón y Neftalí (**Jueces 6:34 y 35**).

Una vez reunidas las tropas, Gedeón se puso nervioso, porque tomó consciencia de su responsabilidad, así que le pidió a Dios otra señal para confirmar su llamado. Puso un trozo de lana durante la noche y le pidió a Dios que lo mojara y mantuviera seca la tierra que lo rodeaba. Dios accedió amablemente a lo que Gedeón le pedía.

Luego, Gedeón pidió otra señal, esta vez le pidió a Dios que mantuviera seco un vellón mientras mojaba la tierra que lo rodeaba. Una vez más, Dios cumplió, y Gedeón finalmente se convenció de que Dios le estaba hablando claramente y que, bajo su liderazgo, la nación de Israel tendría la victoria sobre Madián (**Jueces 6:36 al 40**).

Notemos que Dios no se enojó por causa de las dudas que mostró Gedeón. Es claro que Dios prefiere a un hombre prudente, que busca su dirección y no desea equivocarse, a un hombre atropellado, o liviano a la hora de tomar decisiones en su vida. Hoy en día, es muy común ver que algunos hombres, toman decisiones que son trascendentes,

con una facilidad temeraria. También es fácil ver, que si se equivocan, cambian el rumbo y siguen como si nada hubiera pasado, tal vez pensando que no hay costos en sus errores, pero lamentablemente no es así.

Eso sí, cuando Dios muestra claramente su voluntad, prueba nuestra fe. Antes de entrar en batalla, las tropas de Gedeón llegaron a ser de 32.000 hombres, pero el Señor mismo le redujo el ejército, retirando a 22.000 hombres (**Jueces 7:2 y 3**), y como si esto fuera poco, le redujo aún más su ejército, dejando a Gedeón nada más que 300 hombres (**Jueces 7:8**).

Esto no lo hizo para enfrentar en igualdad de condiciones a un pequeño ejército enemigo, lo hizo para enfrentar a un enemigo que la Biblia describe *“como langostas en multitud, y sus camellos eran innumerables, como la arena que está a la ribera del mar en multitud”* (**Jueces 7:12**). El propósito de Dios fue evitar que Israel se jactara de que su propia fuerza fuera la responsable de la victoria (**Jueces 7:2**).

Muchas veces, Dios no permite que nuestros desafíos de fe, sean fáciles de conquistar, porque acostumbrados a realizar las cosas con nuestras fuerzas, llegamos a pensar rápidamente que somos nosotros quienes generamos ciertas bendiciones, y eso nunca es del agrado de Dios. Es más, estoy convencido de que muchas cosas no nos salen bien, por causa de nuestro envanecido corazón.

Puede que en muchas ocasiones, nos preguntemos por qué motivo no recibimos un mayor impulso sobrenatural del cielo, para concretar algunos proyectos personales, pero justamente creo que es por eso, porque son personales, porque no los consideramos del Reino, y porque aun habiendo encontrado dirección divina, los encaramos con nuestras propias fuerzas.

En un claro mensaje, el Señor nos aumenta la complejidad de los desafíos, porque Él pretende aumentar también nuestra capacidad resolutive. Solo busca que ejercitemos la fe, y que seamos hombres forzados, con actitud y coraje espiritual.

Utilizando algunas tácticas inusuales, Gedeón y sus trescientos hombres, atacaron al ejército madianita y derrotaron a las tropas enemigas (**Jueces 7:16 al 25**). Reitero esto, hoy no tenemos necesidad de enfrentar a ejércitos armados con lanzas y espadas, hoy nuestra lucha es espiritual, pero el ejemplo de Gedeón, no está en la Biblia para que solamente lo admiremos, o hagamos una película en Hollywood, está ahí para que aprendamos a creerle a Dios, a buscar sus directivas, sus estrategias, su autorización y su poder, para que Él, y solo Él sea glorificado.

Después de la victoria, el pueblo de Israel quiso nombrar a Gedeón su primer rey, pero él se negó a hacerlo, diciendo: *“No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os señoreará: El Señor señoreará sobre vosotros”* (**Jueces 8:23**). La paz conseguida por Gedeón duró una generación:

***“Y reposó la tierra cuarenta años en los días de Gedeón”
(Jueces 8:28).***

Sin dudas, nuestra actitud y nuestro esfuerzo espiritual, pueden marcar una gran diferencia en estos tiempos. Gedeón no fue un hombre perfecto, por momentos pareció temeroso, débil, o dubitativo, pero Dios obró pacientemente en él y fortaleció su fe hasta el punto en que pudo llevar a cabo una misión extraordinaria.

Gedeón se enfrentó a la cultura de su propia familia, a la debilidad de su propia tribu, y con pocos hombres, venció al gran ejército madianita. Luego, mostró humildad cuando los israelitas quisieron honrarlo como su rey, y señaló a Dios como el único digno de toda alabanza y reconocimiento.

Sin dudas Dios usa a hombres comunes y corrientes para llevar a cabo Sus planes, solo debemos creerle y ser esforzados en la fe. Necesitamos un cambio de actitud en los hombres cristianos de hoy en día. La cultura del sistema, nos ha llevado a esconder el trigo en el lagar, muchos han perdido la hombría y la determinación, pero Dios nos está saliendo al encuentro, y nos está diciendo:

¡Yo estoy con ustedes, varones esforzados y valientes, tienen una gran batalla por delante, pero no será con sus fuerzas, sino con mi Espíritu, levántense y avancen con fe!

“Algunos confían en carros, y otros en caballos; mas nosotros en el nombre del Señor nuestro Dios

***confiaremos. Ellos se doblegaron y cayeron; pero nosotros
nos hemos levantado y nos mantenemos en pie...”***

Salmos 20:7 y 8



Capítulo cuatro

HOMBRES CON AUTORIDAD

“Y reinó Acab hijo de Omri sobre Israel en Samaria veintidós años. Y Acab hijo de Omri hizo lo malo ante los ojos de Jehová, más que todos los que reinaron antes de él. Porque le fue ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, y tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal, y lo adoró”.

1Reyes 16:30 y 31

El Señor siempre nos instruye, para ser mejores hombres, mejores esposos, mejores padres y para eso, nos ha dejado en la Biblia, buenos y malos ejemplos. De hecho, tenemos más ejemplos malos que buenos, porque excepto Jesucristo, la mayoría de los hombres fallaron en algo, y esto es muy lógico, porque solamente en Cristo podemos manifestar al Nuevo Hombre.

Las incapacidades y las deficiencias están en nuestra vieja naturaleza; por tanto, los malos ejemplos son una excelente advertencia de lo que implica no vivir constantemente en dependencia divina.

El trabajo de Noé, la fe de Abraham, la fidelidad de José, la entrega de Moisés, la devoción de David, el liderazgo de Nehemías, la sabiduría de Salomón, o como vimos, la actitud de Daniel pueden ser grandes ejemplos; sin embargo, el Señor también nos conduce hacia la plenitud, mostrándonos el mal que puede surgir en nosotros si no guardamos nuestro corazón.

El Señor nos enseña a amar mostrándonos a hombres que no supieron amar, nos enseña a liderar mostrándonos hombres que no supieron liderar, nos enseña a luchar mostrándonos a hombres que se negaron a luchar, nos enseña a adorar, mostrándonos a los hombres que no supieron hacerlo, nos enseña a valorar al prójimo, mostrándonos a hombres que despreciaron el valor de la vida.

En tal caso, uno de los reyes más corruptos que existió fue Acab hijo de Omri, quién comenzó a reinar sobre Israel en el año treinta y ocho de Asa, rey de Judá, y reinó en total, unos veintidós años sobre Israel en Samaria, y por supuesto, como dice la Escritura, hizo lo malo a los ojos del Señor más que todos los que fueron antes que él (**1 Reyes 16:29 y 30**).

La verdad es que muchos de los reyes que gobernaron antes que Acab, fueron muy perversos, ignoraron a Dios,

conspiraron contra otros por causa del poder, engañaron, robaron, asesinaron, y ejercieron mucha maldad. Sobre todo, si los observamos espiritualmente, ya que la mayoría de ellos, actuaron así, por causa de la inclinación hacia la idolatría pagana. Aun así, la Biblia dice que Acab, fue peor que todos ellos.

En su caso, diría que su matrimonio fue el centro de su rebelión. *“Como si fuera poco, el andar en los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, tomó por mujer a Jezabel, hija de Et Baal, rey de los sidonios, y fue a servir a Baal, y lo adoró”* (1 Reyes 16:31). Primero se burló de Dios casándose con una extranjera idólatra, y luego, como Dios advirtió que sucedería, cedió y se inclinó en sumisión ante ella y sus dioses.

Las actitudes malignas del rey Acab son dignas de mucha reflexión, pero quisiera centrarme en una escena que lo describe como hombre, donde podemos ver su codicia, o su capricho; la autocompasión, la falta de autoridad, y la dependencia respecto de su mujer, que evidentemente siempre lo gobernó.

En **1 Reyes 21**, encontramos al rey Acab codiciando la viña de su vecino Nabot, y pidiéndole que se la venda. El rey deseó esa viña por causa de la ubicación próxima a su palacio, donde pretendía plantar un huerto de legumbres. Incluso le propuso a Nabot, darle una tierra mejor a cambio de esa viña, pero este se negó de manera rotunda.

La verdad es que Nabot, no se negó a vender su viña solo por sentimientos de deslealtad, o por falta de respeto al rey, sino por considerar la Ley divina, la cual por razones importantes había prohibido la venta de una herencia paterna (**Levítico 25:23**); de hecho, la Ley decía, que si por extrema pobreza o deuda, fuese inevitable la cesión de la tierra, la transferencia debía ser realizada bajo la condición de que fuera rescatable en cualquier momento; y en todo caso, que sería devuelta a su dueño en el año de jubileo.

La idea era que la tierra no pudiera ser enajenada de la familia propietaria, y ese fue el motivo por el cual, Nabot se negó a cumplir la demanda del rey. En todo caso, no fue por causa de una actitud irreverente que Acab se disgustó tanto con Nabot. La conducta del rey, solo evidenció su codicia, su orgullo y su egoísmo. Indudablemente, Acab no toleraba ser frustrado de sus objetivos. Observemos cómo responde, derrumbándose en la autocompasión y la pasividad.

“Y vino Acab a su casa triste y enojado, por la palabra que Nabot de Jezreel le había respondido, diciendo:

No te daré la heredad de mis padres. Y se acostó en su cama, y volvió su rostro, y no comió. Vino a él su mujer Jezabel, y le dijo: ¿Por qué está tan decaído tu espíritu, y no comes?

Él respondió: Porque hablé con Nabot de Jezreel, y le dije que me diera su viña por dinero, o que si más quería, le daría otra viña por ella; y él respondió: Yo no te daré mi viña. Y su mujer Jezabel le dijo: ¿Eres tú ahora rey sobre

Israel? Levántate, y come y alégrate; yo te daré la viña de Nabot de Jezreel”.

1 Reyes 21:4 al 7

En este pasaje bíblico, vemos al hombre más poderoso de la nación, acurrucándose en su cama como un niño caprichoso; lo vemos enojado, negándose a comer y con su rostro hacia la pared. Incluso lo imagino como haciendo pucheritos con su cara, al igual que un niño que no pudo salirse con la suya. Sinceramente, creo que es una escena ciertamente vergonzosa para un hombre que es rey, al menos así la imagino yo.

Por muy lamentable que parezca, este hombre caprichoso debió ser el líder de la nación de Israel, y debió ser el líder en su casa, pero es claro que fue su esposa la que comandaba las acciones, de hecho, la vemos obrar, más como una madre que como una esposa. Es algo así como el niño con un antojo y la mamita prometiéndole complacerlo: *“No te preocupes hijito, no llores... Mamita te dará la viña que tanto deseas...”*

En este punto debo decir algo. Sé perfectamente que es una cuestión cultural, que los hombres, muchas veces llamen mami a su esposa, mamá o mamita, pero los hijos de Dios, debemos vivir bajo la cultura del Reino, y créanme que las palabras no son inocentes. Nuestra mamá fue la madre que nos parió, y en todo caso la que nos crio, pero nuestra esposa, no es nuestra mamá.

Seguramente algunos estarán pensando, que solo es una manera de decir, pero si vamos a pensar y comportarnos como hombres de Reino, debemos cambiar nuestras palabras. Hay muchas formas de llamar a nuestra esposa, que pueden ser románticas, cariñosas, o ciertamente honrosas, pero mamá no es una de esas. ¿Acaso le diríamos esposa a nuestra madre? ¿Sonaría bien?

Los apodos, o los adjetivos calificativos, pueden ser despectivos, ofensivos o inaceptables, o pueden ser graciosos, amorosos, tiernos, o halagadores, porque las palabras pueden señalar defectos, ofender, despreciar, alagar, honrar, demostrar amor, u otorgar una posición a quien se la decimos. Nuestra esposa no es nuestra mamá protectora, no debe serlo, y no debemos volvernos como inútiles dependientes de ellas para todo.

Hay hombres que, hasta que se casaron, dependieron absolutamente de los cuidados de la mamá y luego pretenden depender de los cuidados de la esposa, pero debemos comprender que una cosa es ser un niño en desarrollo y otra muy distinta debe ser un hombre ya formado, como esposo y líder de su hogar. Somos hombres de Reino y debemos funcionar bajo el gobierno del Padre, no al de nuestra esposa, mucho menos aún, si alguien la llama “mami”.

No se enojen por esto, antes bien, piensen que Dios creó a las mujeres para que fueran nuestra ayuda idónea (**Génesis 2:18**), y trabajemos juntos respecto del propósito. Nosotros, debemos vivir con ellas sabiamente, dándoles

honor como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia que son (**1 Pedro 3:7**), pero tampoco debemos caer en el desequilibrio de rendirnos a todos sus dichos, porque simplemente terminaremos pecando.

Dios le había dicho a Adán que no debía comer del árbol de la ciencia del bien y del mal (**Génesis 3:3**), no se lo dijo a Eva, pero ambos eran uno, por lo cual, no hay duda de que ella claramente supo de esa orden. Cuando se dejó seducir por la serpiente y comió, le habló a su esposo y lo convenció de comer al igual que ella (**Génesis 3:12**). Lo que tendría que haber hecho Adán, era establecer, con autoridad, los límites ordenados por Dios y, en todo caso, no caer él, en semejante desobediencia.

Yo he visto que muchos hombres, se dejan manipular por sus esposas fácilmente, y no pretendo descalificar a las mujeres, ni quitarles autoridad, pero el Señor, claramente, establece al hombre como cabeza de matrimonio, no a la mujer (**Efesios 5:23**). Ellas son más sentimentales y protectoras de sus hijos, lo cual, ante cualquier ofensa, se ponen como verdaderas leonas. Cuando algo así pasa en una congregación, suele irse toda la familia, pero eso ocurre, porque no hay un hombre que contenga las emociones de su mujer, tomando él, una decisión equilibrada y sabia.

De nuevo, es verdad que en Cristo no hay judío, ni griego; no hay esclavo, ni libre, y no hay varón, ni mujer; porque todos somos uno en Cristo Jesús (**Gálatas 3:28**), pero tal como expresa Pablo, eso obedece a la vida de Cristo, no

al matrimonio. La idea tampoco es que el hombre someta a su esposa bajo una autoridad patriarcal y abusiva, pero en realidad, si queremos un matrimonio y una familia bajo los diseños del Reino, el hombre debe ser cabeza de matrimonio y los hijos deben estar sujetos a la autoridad de sus padres.

El sistema actual ha desbancado a los hombres de la posición que Dios les asignó. La izquierda posmoderna y sus guerreras feministas han logrado imponer la idea de que la jerarquía es una construcción social del malvado y corrupto patriarcado occidental, incluso negando la naturaleza para culpar al varón. Las mujeres, en esa lucha, no solo compiten con el hombre, sino que lo presentan como el enemigo.

Esta diabólica confrontación en la sociedad actual, sin duda, ha desorientado al hombre. Esto es lógico, Dios no nos creó para que seamos enemigos, sino para que podamos laborar juntos en el propósito eterno. Obviamente, una sociedad en tinieblas, no puede saber esto, pero los hijos de Dios sí lo sabemos y no debemos caer en estas absurdas, pero peligrosas mentiras.

Desenmascarar esta cuestión, no es algo que deba hacer solamente el hombre, creo que las mujeres cristianas, deben ser capaces de eludir las influencias sociales del feminismo, y ver a sus esposos como compañeros de vida, no como competidores cercanos. La idea, es que no pretendamos someternos unos a otros, sino que vivamos bajo el gobierno de Dios, respetándonos y respetando la autoridad puesta por Dios en cada miembro de la familia.

También debo mencionar que algunos hombres religiosos, han abusado desde su posición y han sometido a sus mujeres con erróneas amenazas bíblicas. Las mujeres, por su parte, han ocupado su lugar con Dios, pero desde hace unos años, se están expresando como guerreras, poderosas, con superioridad espiritual respecto de los hombres, y esos dos extremos son anti bíblicos y, por lo tanto, muy peligrosos.

Los hombres de Reino, debemos ocupar el lugar que Dios nos asignó, pero debemos tener mucho cuidado, porque el derecho a ejercer cierta autoridad espiritual, está ligado a la humildad y rendición que tengamos ante el Padre. Nosotros no debemos procurar gobierno, sin vivir bajo gobierno divino. Un hombre espiritual, rendido ante Dios con humildad, nunca someterá a su esposa, ni a sus hijos, solo ejercerá un correcto liderazgo de amor y de servicio, lo cual, también generará respeto y reconocimiento legítimo en ellos.

Acab es el ejemplo de un hombre que no se autopercibió como un líder, ni comprendió la autoridad que le había asignado Dios, pero eso también es lógico, porque si un hombre no reconoce la autoridad de Dios sobre su vida, tampoco será capaz de ejercer efectivamente un liderazgo, sea por abuso de poder, por mala gestión, o por debilidad, pero es muy difícil para un hombre gobernar ámbitos sin estar bajo gobierno divino, por eso el mundo está como está.

Lo que vemos en los gobiernos de las naciones, es replicado en los gobiernos familiares. Cuando no hay

gobierno de Dios, no puede haber orden, porque el orden es el resultado directo de la vida espiritual y de la luz divina. Acab no tuvo temor de Dios, por eso se casó con una mujer pagana, y permitió el ingreso de su perversa idolatría. De hecho, no solo fue una mujer que creía en baal, sino que realizaba actividades espirituales basadas en el ocultismo.

Conociendo a su esposa, y lo que era capaz de hacer, Acab debió haber tomado medidas para detenerla, por el bien de Nabot y por la justicia de su gobierno; sin embargo, se comportó como un perverso irresponsable, haciendo silencio y esperando que sea como fuera, Jezabel le consiguiera la viña que él deseaba.

Un esposo pasivo inevitablemente permitirá y alentará las acciones de su esposa, aunque lo que haga o lo que piense pueda estar equivocado. Es por esto que mencioné a las familias que se han retirado de una congregación por causa de algún conflicto. Sinceramente, debo decir que en la mayoría de los casos, esa decisión es tomada por las mujeres y no por los maridos. Ellas hablan y luego ellos actúan dejándose llevar.

Con esto no pretendo decir que la mujer es la conflictiva, y que el hombre es un pobre inocente manipulado injustamente. Por el contrario, lo que digo, y aclaro nuevamente, es que la mujer opera más como protectora de su familia, y ante la inoperancia del hombre, ella decide y convence a su esposo de tomar alguna acción. Incluso la percepción espiritual que ostenta, posiciona a la mujer como

la autoridad espiritual de la familia, y el hombre lo reconoce, en lugar de asumir que lo que él no tiene, es porque la gestión de su vida espiritual es mediocre.

Hay hombres que en consejería me dicen: pastor, ella es la que entiende, ella es la que escucha a Dios, ella es más espiritual que yo, ella es más sensible, ella es la que tiene dones especiales, etc. Esto que me dicen, puede ser cierto, pero no debería ser así, porque claramente es la resignación que los hombres manifiestan ante esa notoria superioridad de las mujeres. Bueno, en realidad, diría que es la evidencia de la pasividad y la irresponsabilidad que los hombres de este tiempo están teniendo.

No pretendo generalizar con este tema, porque ciertamente no haría justicia con muchos hombres, que ciertamente están absolutamente comprometidos con el Reino. Me estoy refiriendo a una igualdad, o casi mayoría de hombres, que transitan el evangelio con una actitud pasiva, o más bien de acompañar el compromiso de sus esposas, o incluso de sus hijos.

La búsqueda de matrimonios comprometidos, es constante por parte de los pastores. Cuando los encuentran, los celebran como un regalo del cielo. Siempre hablo con muchos pastores, y la reiterada carencia, casi sin excepción, es la falta de obreros. Obviamente, siempre hay gente de buena voluntad, pero me refiero a gente bien formada y comprometida.

Los hombres no necesitamos cultivar el machismo para ejercer nuestra autoridad, solo debemos observar a Jesucristo y tomar su ejemplo, porque Él supo ser un hombre con todas las letras, y no lo vemos sometiendo a las mujeres, ni dejándose dominar por los sentimientos de ellas. Él las honró, y ellas lo sirvieron, pero la obediencia solo era para el Padre.

Incluso tenemos un momento muy especial, cuando su madre y sus hermanos, lo buscaron entre la multitud, pero Él dejó bien en claro su postura diciendo: ***“Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la hacen”*** (Lucas 8:21). Sin duda, no había nada, ni nadie, capaz de mover a Jesús de su misión divina.

Hoy necesitamos hombres con personalidad, con determinación espiritual, y con gran responsabilidad. El farol de Dios está alumbrando el rostro de los hombres, buscando la acción de aquellos que Él mismo revistió de autoridad; está esperando que ocupemos nuestra posición de liderazgo y actuemos sin caprichos, sin berrinches tontos, y sin buscar que nuestras esposas, hagan lo que nos corresponde a nosotros.

Es penosa la escena, pero cuando Jezabel vio lo miserable y patético que era su pobre esposo, tomó cartas en el asunto diciéndole: ***“¿No reinas ahora sobre Israel? Levántate, come, y alégrese tu corazón. Yo te daré la viña de Nabot de Jezreel”*** (1 Reyes 21:7). El lamentable silencio de Acab, sugiere que estaba encantado de aceptar, al igual

que muchos hombres de hoy, que prefieren la comodidad de dejar las cosas en las manos de la mujer que les resuelve todo.

Por supuesto, una buena mujer cristiana, tomará la responsabilidad y peleará por su esposo, por sus hijos y por su casa, pero la terrible Jezabel, inmersa en las tinieblas, instruyó a los líderes de la ciudad de Nabot para que lo mataran. Ella escribió cartas, y las firmó con el nombre y el sello de Acab, diciendo: ***“Sienten a dos hombres malvados delante de él que testifiquen contra él, diciendo: Tú has blasfemado a Dios y al rey. Entonces sáquenlo y apedréenlo para que muera”*** (1 Reyes 21:10). El tener que cometer el asesinato de un hombre intachable como era Nabot, no fue un impedimento para que la maligna Jezabel procediera. La codicia de su marido, el engaño, la conspiración y la corrupción de esos días, fueron el resultado de un liderazgo sin autoridad divina.

Reitero que no comparo a las mujeres cristianas de hoy, con la perversa Jezabel, no tengo la lámpara alumbrando a las mujeres, sino a la pasividad y la dependencia de los hombres. Sin duda podríamos explorar las maldades de Jezabel, porque fue una esposa ciertamente horrible; de hecho, el propio Jesús la utilizó como un claro ejemplo de inmoralidad (**Apocalipsis 2:20**). Sin embargo, solo observemos de qué manera, sus pecados fueron encendidos por la pasividad de su esposo.

Mientras él se revolcaba en la autocompasión, el capricho y la falta de actitud, alimentaba la iniquidad de ella. Si él hubiera tenido la convicción y el valor de actuar según el llamado de Dios, habría evitado todo lo que sucedió después. Podría haber salvado la vida de un buen hombre, y evitar que la sangre y la maldición entraran en su casa.

En lugar de actuar como un verdadero hombre, Acab se quedó en la cama haciendo pucheritos. Un hombre como Acab demuestra que quienes no hacen lo que deben, son tan dañinos como los que hacen lo incorrecto. Es decir, muchos hombres de hoy, no consideran estar pecando por el solo hecho de no hacer nada, pero déjenme decirles que sí, que están desobedeciendo a Dios, y están pervirtiendo el diseño de Reino establecido para su matrimonio y para su familia.

Un buen esposo evitará los caprichos, y no se apoyará en su esposa, como si esta fuera su mamita. De hecho, si ella se equivoca en algo, puede que le sea imposible evitar un error de su esposa, pero tampoco se quedará en el sofá mientras ella se pone al hombro la batalla espiritual por el bienestar de su casa.

Un mal esposo, especialmente es un esposo espiritualmente pasivo. Tal vez pueda ser un excelente esposo si lo miramos naturalmente, pero en el Reino, su pasividad y su tibieza, son consideradas como pecado. En los momentos desafiantes de la vida, algunos hombres se acostarán como Acab, pero estoy convencido de que otros, se levantarán como un verdadero hombre de Reino.

Jezabel le dijo a su esposo Acab que Nabot había muerto, y que su viña ahora estaba disponible para él. ***“Así que cuando Acab oyó que Nabot había muerto, se levantó para descender a la viña de Nabot de Jezreel, para tomar posesión de ella” (1 Reyes 21:16).*** Por supuesto, no le preguntó como lo había hecho, ni la causa de la muerte de Nabot, porque él sabía que detrás de todo eso había operado la injusticia, pero su conveniencia y su ambición prevalecieron claramente.

Simplemente, cuando Acab, oyó que Nabot había muerto, encontró las fuerzas para abandonar su lecho e ir a disfrutar del campo de un hombre íntegro de verdad. Incluso, y aunque la Biblia no lo menciona, debemos pensar el sentimiento y la situación que ha vivido la familia de Nabot. Tal vez, Acab vio todo esto como una victoria, y Jezabel se regocijó en su efectividad, pero a los ojos de Dios, lo que habían hecho era pecar obscenamente.

De hecho, el Señor envió al profeta Elías, quien desafió al rey y le dijo de parte de Dios: ***“Te barreré completamente y cortaré de Acab todo varón, tanto siervo como libre en Israel... por la provocación con la que me has provocado a ira y porque has hecho pecar a Israel...”*** También habló respecto de su esposa diciendo: ***“Los perros comerán a Jezabel en la parcela de Jezreel” (1 Reyes 21:21 al 23).***

Estoy de acuerdo, en que el juicio contra Acab es antiguo testamentario, pero es una imagen vívida y sangrienta de cómo la actitud equivocada de un hombre sin

autoridad puede arruinar un liderazgo y un hogar. Cuando un esposo se vuelve pasivo, toda la familia sufre, tal vez no en juicio como Jezabel, pero ciertamente sufrirán.

“Cuando Acab oyó estas palabras, rasgó sus vestidos, puso cilicio sobre sí y ayunó, se acostó con el cilicio y andaba abatido”

1 Reyes 21:27

Uno podría pensar que se trata del mismo hombre que encontramos tumbado en la cama, compadeciéndose de sí mismo y negándose a comer. Sin embargo, no es el mismo hombre, no ante los ojos de Dios. En lugar de arremeter con furia contra el profeta, en lugar de refugiarse en la autocompasión y la pasividad, Acab se humilló en señal de arrepentimiento. ***“Entonces la palabra del Señor vino a Elías el tisbita, diciendo: ¿Ves cómo Acab se ha humillado delante de Mí?” (1 Reyes 21:29)***

Dios nos permita reconocer hoy en día, toda pasividad si es que la hemos tenido, que nos permita ver si no hemos actuado con responsabilidad, si no hemos gestionado correctamente nuestra autoridad espiritual, y por medio del Espíritu Santo, nos llene de convicción, para pedir perdón y para someternos a un cambio radical.

Creo que Dios nos está alumbrando la cara, tal como Diógenes lo hacía con su farol, y nos presenta su búsqueda, la búsqueda de hombres con actitud responsable, y en pleno uso de la autoridad espiritual que nos ha concedido en Cristo.

Ruego que muchos despierten, y puedan tomar esa autoridad, y se activen en su rol de liderazgo espiritual. Eso se logra con arrepentimiento, con cambio de actitud y con absoluta humildad delante de Dios.

“Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”

Efesios 4:23 y 24



Capítulo cinco

HOMBRES CON SABIDURÍA DE REINO

En la Biblia, tenemos el gobierno de Saúl, como el primer rey de la nación, el gobierno de David, y el gobierno de su hijo Salomón. A partir de ellos, el reino permaneció dividido, y tenemos reyes de Judá, que eran las dos tribus del sur, y los reyes de Israel, que eran las diez tribus del norte. Todos los reyes tuvieron sus características especiales, y lamentablemente, la mayoría de ellos evidenciaron una mala gestión, tal como lo vimos con Acab.

Sin duda, los más importantes fueron Saúl y David. Digo esto porque el Señor le dedicó a estos dos reyes, la misma cantidad de capítulos bíblicos que al resto de todos los demás reyes. Además, creo que esto se debe a que Saúl representó al gobierno del hombre carnal, que no honró a Dios, ni buscó su dirección para gobernar. Representa el fracaso de los necios, carentes de adoración verdadera.

Por su parte, David representa al hombre débil, pero absolutamente dependiente de Dios, representa a los que

tienen un corazón inclinado a la voluntad de Dios, y que, a pesar de sus errores, pudo consumir propósito; de alguna manera, representa al éxito de los verdaderos adoradores.

Creo que la atención que Dios nos hace dirigir a estos dos personajes, no es el resultado de la casualidad. Es claro que los demás reyes, también tuvieron historias muy impactantes; sin embargo, es como si Dios, considerara dos tipos de reinados y todos los demás, encajan en uno o en otro. Es decir, un rey podía tener un mal reinado, tal como lo tuvo Saúl, o un buen reinado, tal como lo tuvo David. En realidad, ellos son, dos arquetipos, prototipos o modelos de reyes.

Son como la figura de Adán y de Cristo, el primero representa al hombre de pecado, a la vieja naturaleza, al que no se sujetó al gobierno de Dios, produciendo una verdadera catástrofe para toda la humanidad. El segundo es el Nuevo Hombre, el Santo, quien nos demostró lo que implica vivir bajo el gobierno del Padre. El primero cayó en maldición, pero el segundo es el Bendito. El primero está condenado, pero el segundo es eternamente Rey. Son dos dimensiones para nosotros, porque estamos en Adán, o estamos en Cristo.

Ahora bien, o aprendemos de Saúl, o aprendemos de David. En las enseñanzas bíblicas, siempre hacemos mención de estos reyes y tristemente para Saúl, siempre nos es, un referente de lo malo, del orgullo, de la desobediencia, de los celos, de la envidia, de la violencia, de la inseguridad, etc. Cada vez que usamos la vida de Saúl en los mensajes, es para enseñar, de qué manera, no se deben hacer las cosas en el

Reino. Por el contrario, David, siempre es el ejemplo de lo bueno, de la adoración, de la obediencia, de la humildad, de la valentía, de la adoración, de la fe, o incluso del arrepentimiento después de pecar. Por tal motivo, cada vez que lo citamos en algún mensaje, es para enseñar, de qué manera debemos hacer las cosas.

Lo curioso de todo esto, y lo que deseo destacar, son las similitudes, que ambos reyes tuvieron, porque los dos eran muy jóvenes, cuando fueron llamados a gobernar. Los dos, estaban trabajando para sus padres, en el caso de Saúl, cuidando y buscando las asnas de su padre y en el caso de David, pastoreando sus rebaños.

Los dos, dice la Palabra, que eran jóvenes hermosos (**1 Samuel 9:2 y 1 Samuel 16:12, 18**). Los dos provenían de familias de poca estima y sin una posición económica muy destacada (**1 Samuel 9:21 y 1 Samuel 16:1**). Los dos, en su momento, se consideraron indignos de ser reyes (**1 Samuel 15:17 y 1 Samuel 18:18, 23**).

Los dos fueron ungidos con el aceite de la unción por el mismo sacerdote y profeta, llamado Samuel (**1 Samuel 10:1 y 1 Samuel 16:13**). Sobre los dos, vino el Espíritu Santo con poder (**1 Samuel 10:6; 7,10; 1 Samuel 16:13**). Los dos tenían alrededor de treinta años cuando comenzaron a reinar (**1 Samuel 13:11; 2 Samuel 5:4**), y los dos reinaron cuarenta años sobre Israel (**Hechos 13:21; 2 Samuel 5:4 y 5**).

Aquí, algo muy llamativo y trascendental, los dos tuvieron la oportunidad de perpetuar su reinado. Muchos piensan que esa oportunidad fue solo para David, pero no es así. Claramente, Saúl podría haber recibido un reinado eterno, con lo cual, a Jesús, al entrar en Jerusalén, le hubieran llamado “Hijo de Saúl...” En el caso de David, en **2 Samuel 7:11 al 13**. Pero en el caso de Saúl fue así:

“Entonces Samuel dijo a Saúl: Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová, tu Dios que él te había ordenado; pues ahora Jehová hubiera confirmado tu reino sobre Israel para siempre. Más ahora tu reino no será duradero. Jehová se ha buscado un varón conforme a su corazón, al cual Jehová ha designado para que sea príncipe sobre su pueblo, por cuanto tú no has guardado lo que Jehová te mandó”.

1 Samuel 13:13 y 14

Los dos vivieron casi la misma edad, porque ambos llegaron a tener, algo más de 70 años. Los dos hicieron grandes cosas para Dios, de eso no queda ninguna duda. Tampoco podemos negar, que ambos pecaron contra la voluntad de Dios. En definitiva, los dos empezaron bien sus reinados (**1 Samuel 11; 1 Samuel 14:47 y 48**). Sin embargo, algo pasó, que los dos terminaron de manera muy diferente.

¿Cuál fue, en realidad, la diferencia entre los dos? ¿Qué fue lo que determinó, un resultado tan diferente en ambos reinados? Bueno, creo que más allá de la disposición y la búsqueda y obediencia ante la voluntad de Dios. La gran diferencia entre ambos, fue que Saúl saltó al trono

inmediatamente después de haber sido ungido con el Espíritu Santo, en cambio, David debió esperar aproximadamente una década para subir al trono. Tiempo en el cual, vivió tremendos procesos de enseñanza.

Es decir, Saúl terminó muerto en el campo de batalla, junto a su hijo Jonatán y su paje de armas, sus demás hijos asesinados y su nieto lisiado de ambos pies. En cambio, David, terminó su gobierno en un lecho de paz, con la joven Sunamita calentando sus pies, dejando un gobierno de paz para su hijo Salomón, lleno de días, lleno de esplendor y con la promesa de un gobierno eterno, cumplida en Jesucristo.

Yo considero que Saúl, no fue procesado y por eso fracasó. David sufrió el proceso, pero aprendió sabiduría, aprendió a temer a Dios. Es cierto que se equivocó en más de una ocasión, pero su corazón entregado, lo llevó a corregir el rumbo y seguir adelante, tratando de agradar a Dios. Creo que David, aprendió la lección y canalizó sus procesos para ser un hombre cada vez más sabio, y eso marcó la gran diferencia.

Creo, además, que eso queda certificado, con el consejo que, al final de sus días, le dio a su hijo, heredero del trono llamado Salomón. Él le dijo que, ante todas las cosas, obtuviera sabiduría, que antes de procurar oro o plata, busque sabiduría porque ella era lo más importante en la vida de un rey. Generalmente, cuando leemos el libro de proverbios, en el capítulo cuatro, que comienza diciendo: ***“Oíd, hijos, la enseñanza de un padre, Y estad atentos, para que conozcáis***

cordura...” asociamos esos dichos, directamente al consejo de Dios como Padre, sin embargo, debemos recordar que el que escribió el libro de Proverbios, fue Salomón, y él, estaba hablando de su padre, que fue el rey David, y el consejo que este le dio antes de morir. Veamos este pasaje en la versión Lenguaje Sencillo, donde se puede ver esto claramente:

“Queridos jovencitos: cuando su padre los instruya, préstele atención, si realmente quieren aprender.

Yo, como maestro, les doy este buen consejo: no abandonen sus enseñanzas. Yo también fui niño; tuve un padre y una madre que me trataban con ternura.

Mi padre me dio este consejo: ¡Grábate bien lo que te digo, y haz lo que te mando; así tendrás larga vida! ¡Hazte cada vez más sabio y entendido; nunca olvides mis enseñanzas! ¡Jamás te apartes de ellas!

Si amas a la sabiduría y nunca la abandonas, ella te cuidará y te protegerá. Lo que realmente importa es que cada día seas más sabio y que aumentes tus conocimientos, aunque tengas que vender todo lo que poseas. Valoriza el conocimiento, y tu vida tendrá más valor; si haces tuyo el conocimiento, todos te tratarán con respeto, y quedarán admirados de tu gran sabiduría. Escúchame, jovencito: hazme caso y vivirás muchos años.

Yo, como maestro, te enseño a vivir sabiamente y a siempre hacer el bien. Vayas rápido o despacio, no tendrás ningún problema para alcanzar el éxito. Acepta mis enseñanzas y no te apartes de ellas; cuídalas mucho, que de ellas depende tu vida”.

Proverbios 4:1 al 12 VLS

Gracias a la sabiduría de Dios, David pudo perseverar ante todas las crisis y dificultades que sufrió en su vida, tanto cuando era un muchachito sin corona, como cuando fue un rey con experiencias de batallas. David sufrió mucho en la vida, pero terminó siendo un hombre del cual el Señor opinó que tenía un corazón como el Suyo.

Siempre que David tenía un problema, vemos claramente que volvía su rostro a Dios buscándole. Él nunca buscaba primero la ayuda humana o consejos necios, sino que buscaba la opinión de Dios, porque él sabía, que el Señor lo libraría y que, si necesitaba un consejo sabio, lo encontraría en Dios y no en la opinión de terceros.

Creo que debemos seguir el claro consejo del rey David, que fue el consejo de un padre sabio, capaz de generar un hijo, heredero, sabio y el que tuvo el reinado más rico y extraordinario de todos. Sin dudas, todo lo alcanzado por Salomón, estuvo vinculado a la sabiduría que recibió cuando asumió su gobierno.

“Y excedió el rey Salomón a todos los reyes de la tierra en riqueza y en sabiduría”
2 Crónicas 9:22

Luego, por supuesto, vemos los resultados en la vida de Salomón, ya que nadie tuvo un gobierno tan glorioso como el suyo, y duró solo hasta que actuó de manera insensata, adorando a los falsos dioses, que habían traído sus

tantas mujeres paganas, con las cuales, no debió casarse jamás, porque Dios ya se lo había dicho en las Escrituras.

Su hijo, Roboam, terminó con su reinado dividido y fue un joven intrascendente. Por el contrario, cuando tuvo que pedir consejo para gobernar, le consultó a los ancianos que habían estado al lado de su padre durante muchos años, pero también les pidió consejo a sus jóvenes amigos. Lamentablemente, como un verdadero necio, escuchó la voz de los jóvenes sin experiencia, sin procesos y sin sabiduría.

También es extraño que, teniendo como padre, al hombre más sabio de la tierra, nunca fue instruido por este, para que llegado el caso actúe buscando verdadera sabiduría. Sin dudas, Salomón fue sabio, pero su vida, nos deja una clara advertencia, porque apartarse de una plena comunión con Dios, nos aparta de Su sabiduría. No importa, cuanto podamos saber, cuanto conocimiento hayamos adquirido, desde el momento, en que, sin temor, nos apartamos de la voluntad de Dios, comenzamos a ser invadidos por la necesidad y la estupidez.

***“Más el que me oyere, habitará confiadamente
Y vivirá tranquilo, sin temor del mal”***

Proverbios 1:33

Vivir en sabiduría, es volvernos a Dios en cada momento y procurar en Dios el consejo sabio, la dirección, la corrección y el rumbo a seguir. Nuestra actitud determinará si estaremos en la vereda de los necios o en la vereda de los

sabios que caminan con Dios. Santiago nos guía claramente hacia el lado correcto:

“Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará; pues Dios da a todos sin limitación y sin hacer reproche alguno”

Santiago 1:5 DHH

Todos tenemos acceso a la sabiduría del Reino, Dios no pretende educar a nuestra vieja naturaleza, para que la sabiduría provenga de nuestra capacidad intelectual. Él nos otorga el acceso a la mente de Cristo (**1 Corintios 2:16**). Él es nuestra sabiduría (**1 Corintios 1:30**), y lo que nos pide es lo que también nos da.

¿Cómo podemos acceder a la sabiduría del Reino? ¿Cómo podemos gestionar nuestras vidas con decisiones sabias? ¿Cómo podemos ser hombres con sabiduría espiritual? Bueno, todos podemos hacerlo, porque nuestra sabiduría no está embazada en la teología, sino en la persona de Cristo. Él es nuestra sabiduría y en Él vivimos.

“Más por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios, sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor.”

1 Corintios 1:30 y 31

El gran tema de la sabiduría y su necesidad en nuestras vidas, encuentra su cumplimiento en Cristo. En la Biblia

somos continuamente exhortados a buscar la sabiduría, adquirir sabiduría y entender sabiduría. Nuestro temor reverente, otorgado por la misma gracia, y la revelación de la justicia de Dios, que nos posiciona en Cristo, es lo que nos lleva a la plenitud de ese conocimiento, porque Cristo, es la encarnación de la sabiduría de Dios, como Pablo enseñó a los hermanos de Colosas diciendo:

“... A fin de conocer el misterio de Dios, el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.”

Colosenses 2:2 y 3

La sabiduría se encuentra solo en Cristo y está en contraste con la necedad del mundo, la cual nos anima a ser sabios a nuestros propios argumentos. Pero Proverbios también nos dice:

“Confía en el Señor con todo tu corazón, y no te apoyes en tu propio entendimiento. Reconócele en todos tus caminos, y Él enderezará tus sendas. No seas sabio en tu propia opinión; Teme a Jehová, y apártate del mal”

Proverbios 3:5 al 7

Nosotros no podemos hacer que Cristo, sea nuestra sabiduría; Pablo dice que “nos ha sido hecho sabiduría de parte de Dios” (1 Corintios 1:30). Es decir, el hecho de que Cristo sea nuestra vida, es el resultado de Su gracia y no de nuestros logros, por ende, la sabiduría también nos fue otorgada en el Señor. La pregunta sería: ¿Si la sabiduría ya

es una realidad en nosotros, como la vida de Cristo, por qué motivo puede no manifestarse con plenitud?

Cuando Cristo fue crucificado, nosotros fuimos incluidos en esa crucifixión. Su experiencia en la cruz llegó a ser la nuestra. Esto es lo que el apóstol Pablo quiere decir en **Romanos 6:6** cuando declara: *“Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él”*. Si no estuviéramos en Cristo, no podríamos ser crucificados juntamente con Él, y si no hubiésemos sido crucificados con Él, no podríamos estar viviendo en Él. La revelación de esta verdad, es la que puede posicionarnos en sabiduría y la madurez de esta verdad, es lo único que puede llevarnos a la plenitud de la sabiduría (**Efesios 4:13**).

Pablo no enseñó, que el Señor nos da sabiduría, ni que el Padre nos da la sabiduría de Cristo. Tampoco encontramos en ninguna de sus cartas que, aunque una vez éramos ignorantes, ahora podemos entender y saber cómo hablar y actuar gracias a que Dios nos dio sabiduría. Lo que Pablo sí enseña, es que Cristo viene a ser nuestra sabiduría de parte de Dios. Esto no quiere decir que Dios nos ha hecho sabios; sino que, aunque somos ignorantes, permitimos que el Señor sea nuestra sabiduría.

Esto es extraordinario, pero ¿cómo debemos hacer?, o será que no debemos hacer nada. Bueno, en realidad, debemos permitir que la vida del Señor fluya a través de nosotros. Este no es asunto de ser mejores por nuestros medios; sino de que el Señor que vive en nosotros y en el cual

vivimos en plena comunión, nos lleve a toda verdad y justicia para ser sabios.

Ahora leamos atentamente **Proverbios 8**, porque en este capítulo, habla la sabiduría en primera persona y si la sabiduría es Cristo, diríamos que habla Cristo directamente. Por eso consideremos los grandes y únicos beneficios de vivir operando con Su mente.

***“Yo, la sabiduría, habito con la cordura,
Y hallo la ciencia de los consejos”***

Proverbios 8:12

Cristo, nuestra sabiduría, es una Persona, y nos habla muy claramente en proverbios. Observemos que dice habitar con la cordura, dejando en claro, que no lo hace con la necesidad. Es la sabiduría, la única portadora de los mejores consejos, porque Isaías lo dijo claramente que Cristo, es nuestro “Consejero” (**Isaías 9:6**).

“El temor del Señor es aborrecer el mal: yo aborrezco la soberbia, la arrogancia, el mal camino y la boca perversa”

Proverbios 8:13

Esto es algo que es muy cierto en el día de hoy, y nos toca muy de cerca. La sabiduría se manifiesta. Es el carácter de Dios, y ese carácter se ha demostrado en Cristo Jesús. El mal, el orgullo, la arrogancia y la mala conducta son cosas que Dios aborrece, y que, lamentablemente hoy, están al orden del día.

“Conmigo están el consejo y el buen juicio. Yo soy la inteligencia, y mío es el poder. Por mí reinan los reyes, y los príncipes ejercen la justicia. Por mí dominan los príncipes, y los gobernadores juzgan la tierra”

Proverbios 6:14 al 16

Esta declaración me parece tremenda, porque nosotros somos reyes y si pretendemos vivir Reino, es clave la sabiduría, porque sin ella, no hay reinado exitoso que sea posible. Recordemos que Saúl fue necio y perdió su reinado, David fue sabio y gobernó con justicia, Salomón fue sabio y logró un gobierno de paz y prosperidad. Luego se apartó de la sabiduría y comenzó la decadencia, a la vez que Roboam volvió a la necedad de manera absoluta, y toda la nación sufrió la desdicha.

Hay una declaración en el Libro de Salmos que es realmente tremenda, y en la profecía de Daniel está repetida, en el capítulo 4, versículo 17: ***“el Altísimo gobierna el reino de los hombres, y que a quien él quiere lo da”***. Indiferentemente de cuan impía sea una nación, Dios está en el control de todo y Su Voluntad se está llevando a cabo, más allá del macabro plan de las tinieblas. Si queremos ver justicia y una clara expansión del Reino, debemos apelar radicalmente a la sabiduría divina.

***“Yo amo a los que me aman,
y me hallan los que temprano me buscan”***

Proverbios 8:17

Salomón descubrió que, cuando buscó a Dios, como le enseñó su padre David, encontró la sabiduría. Por otra parte, no lo buscó cuando se le quemaron los papeles en decisiones gubernamentales, sino que lo hizo, antes de comenzar a gobernar, lo hizo de manera temprana y por tal motivo lo halló. Hoy, hay muchos cristianos, que deciden, emprenden, determinan lo que desean hacer y si se les complica o fracasan, buscan a Dios, pero no lo hacen de manera temprana y por tal motivo, terminan sufriendo pérdidas.

***“Las riquezas y la honra están conmigo;
Riquezas duraderas, y justicia.***

***Mejor es mi fruto que el oro, y que el oro refinado;
Y mi rédito mejor que la plata escogida.”***

Proverbios 8:18 y 19

Es claro que, en lugar de pedir riquezas como muchos hacen, debemos buscar sabiduría, porque la sabiduría, es la que puede otorgar abundancia. Realmente no conozco a hermanos que, viviendo en sabiduría, estén padeciendo la escasez. Sin embargo, sí pude decir, que conozco a muchos hermanos porfiados y necios, que padecen de manera innecesaria una triste situación económica.

“Por vereda de justicia guiaré, por en medio de sendas de juicio, para hacer que los que me aman tengan su heredad y que yo llene sus tesoros”.

Proverbios 8:20 y 21

Si nos dejamos guiar por la sabiduría, o diría, si nos dejamos guiar por Cristo, es imposible que nos vaya mal, y como consecuencia de esa humildad manifiesta, nuestros tesoros, serán colmados de bendición. Sin duda, nos conviene dejarnos conducir por el Señor, como Él mismo nos enseñó.

No tengo dudas de que, hoy en día, Dios busca hombres que deseen con pasión obtener su sabiduría, pero la verdad, es que no está esperándolos en la teología para otorgárselas, sino que los espera en la intimidad de Su presencia.

Ciertamente, hay muchos hermanos conocedores de versículos, pero pocos son los que ostentan la verdadera sabiduría espiritual. De hecho, conozco a muchos ministros que expresan con sus trabajos, la buena voluntad de servicio, pero están haciendo falta más hombres sabios, que comprendan los diseños del Padre, más allá de los diseños institucionales.

La vida de los hombres del Reino, no se puede expresar por el simple conocimiento bíblico, sino por el fluir de la revelación divina. Una cosa es el conocimiento teológico y otra muy distinta es portar la luz del Espíritu. Si pretendemos manifestar al Nuevo Hombre, necesitamos corazón entendido, no intelecto impartido.

Con esto no estoy diciendo que no debemos pensar, o que no debemos estudiar la Biblia. Digo que si no pensamos con la mente de Cristo, y no somos impartidos por la vida,

que es la verdadera luz, no podremos ser efectivos en nuestra gestión de vida. La intensidad de la comunión con el Señor, nada tiene que ver con la simple información teológica. Esto no puede ser explicado a la gente religiosa, pero es comprendido por quienes conocen las dimensiones de la gracia.

“Ustedes viven siempre angustiados y preocupados.

Vengan a mí, y yo los haré descansar.

Obedezcan mis mandamientos y aprendan de mí, pues yo soy paciente y humilde de verdad. Conmigo podrán descansar. Lo que yo les impongo no es difícil de cumplir, ni es pesada la carga que les hago llevar.”

Mateo 11:28 al 30 VLS



Capítulo seis

HOMBRES CON VALORES DE REINO

“Pues por precio habéis sido comprados; por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.”

1 Corintios 6:20

El Reino es maravilloso, porque nos mete en una dimensión, donde todos los valores son trastocados y donde debemos comenzar a vivir, cambiando nuestros valores internos, por causa de haber recibido la gracia extraordinaria del Soberano.

En primer lugar, recibimos la vida de Cristo, y esa vida, es la luz que comienza a cambiarlo todo (**Juan 1:4**). La luz nos permite ver la verdad y la verdad, como valor fundamental del Reino, nos libera (**Juan 8:32**). Después de años de sufrir las tinieblas, según el caso particular de cada

uno, la libertad, llega a nosotros, como el valor sobre el cual, comenzamos a considerar, todos los demás valores.

El salir de las tinieblas, y comenzar a ver la realidad del Reino, nos genera un cambio de paradigmas absoluto, respecto de la verdad de Dios, de los conceptos del mundo, y de nuestra valoración. De hecho, he detallado esta realidad en algunos de mis libros, porque yo había perdido mi valoración personal. Las frustraciones de la vida me habían arrinconado, y al no encontrar una salida, llegué a pensar en el suicidio.

Nadie se pone un revolver en la cabeza, si cree que su vida tiene algún valor, y eso fue justamente lo que yo hice. Luego comprendí, a través de la verdad divina, que el desprecio de las personas que uno ama de verdad, fácilmente puede partir a nuestro corazón. Cuando uno ama a una persona, le otorga un rango de autoridad sobre su vida, porque baja todas las barreras y se comparte con plenitud, lo cual puede ser muy peligroso.

En Cristo comprendí, que el único ser, digno de la entrega de nuestro corazón, es el Señor. Luego sí, con el corazón bajo su gobierno, podemos llegar a amar a todos sin temor a ser heridos. Dios no miente, Él nos ama de verdad, Él nos protege y nunca nos abandonará. Eso cambia por completo el valor que tenemos por nosotros mismos.

Uno de mis primeros libros fue “Adoración, la honra de los despreciados”. Ese libro lo explica muy bien, y lo titulé

de esa manera, porque despreciados son los que creen haber perdido el precio que tenían, y está basado en la mujer pecadora que arrojó perfume en los pies de Jesús, los enjugó con sus lágrimas y los secó con sus cabellos.

La Palabra de Dios, nos da a entender que esa mujer era una prostituta, con lo cual entregaba su cuerpo al mejor postor, y por unas pocas monedas. Una persona que hace eso, es alguien despreciado por los demás, y que, seguramente, llega a despreciarse a sí misma. Esa es la condición de muchos de los que somos alcanzados por la gracia divina, y al recibir tanto amor de parte de Dios, no solo somos sanados, sino que cambiamos la mentira por la verdad.

Tal vez alguien pudo despreciarnos, pero no son las personas las que pueden decirnos cuánto valemos. El único que puede hacerlo es nuestro Señor, y aunque no exista un versículo con la frase que todos hemos repetido, es un hecho que, para Dios, valemos más que todo el oro del mundo. Es por eso, que no nos compró, utilizando dinero o bienes materiales, sino pagando nuestro rescate, por medio de la preciosa sangre de Jesucristo, lo cual cambia de manera absoluta nuestra propia valoración.

“Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación”

1 Pedro 1:18 y 19

Por otra parte, la manera más sencilla de ver cuáles son los verdaderos valores del Reino, no refiriéndome ahora, a nuestro valor personal, sino a la vida misma; diría que es entenderlos como las acciones que dirigen el rumbo de nuestra vida, la forma que sentimos y tratamos al prójimo, la forma en la que vivimos nuestra comunión con Dios y permitimos que el Espíritu Santo, manifieste su esencia a través de nosotros (**2 Corintios 3:17 y 18**).

En la palabra de Dios, obtenemos muchos valores de los cuales no éramos muy practicantes, o de los cuales carecíamos anteriormente, pero a partir del momento en que recibimos vida espiritual, cambia en nosotros, la dimensión de nuestros pensamientos y nuestros sentimientos.

Por ejemplo, comienza a cambiar en nosotros el valor del amor, porque el amor, más allá de ser un fruto del Espíritu, que en la madurez espiritual, se va manifestando en nosotros, es la esencia misma de Dios (**1 Juan 4:8**), por lo cual, al recibir Su vida, recibimos Su amor y eso lo cambia todo. El conocimiento de Su amor, nos permite sentirnos seguros y amar de manera diferente a nuestro prójimo.

El cambio, respecto del alcance de nuestro amor, es una de las primeras evidencias, de haber recibido al Espíritu Santo. Simplemente, sentimos que el amor nos inunda y que podemos expresarlo con libertad, cosa que generalmente los hombres no hacemos. Tenemos que asumir que nos cuesta mucho más que a las mujeres, el poder expresar el amor con

toda libertad. No es que no lo sentimos, sino que lo comunicamos mal.

Generalmente, los hombres, en lugar de mirar a los ojos a nuestros seres queridos y decirles que los amamos, hacemos cosas, tratando de demostrar indirectamente, que los estamos amando. Por ejemplo, cuando nos ausentamos durante largas jornadas de trabajo, sea con el frío del invierno, o el duro calor del verano, sea con problemas o sin problemas, con dolores o sin dolores, lo hacemos por causa de proveer a nuestra familia, para que nuestra esposa, y nuestros hijos, tengan todo lo necesario para vivir bien, lo que sucede es que muchas veces, los demás no interpretan esas ausencias, o ese esfuerzo como si fuera amor, porque tal vez hacemos mucho, pero no les decimos absolutamente nada.

Incluso nos suele pasar lo contrario, porque la esposa o los hijos, pueden llegar a facturarnos las ausencias, o la falta de cariño expresada a través del contacto físico. Eso nos ocurre porque en lugar de decir lo que sentimos con libertad, solo procuramos demostrarlo con provisión y protección, lo cual está bien, y es necesario, pero puede no alcanzar, porque nuestro silencioso esfuerzo no siempre es percibido como verdadero amor.

La vida del Reino, nos cambia mucho eso, porque el Señor nos va liberando, y comenzamos a adquirir la capacidad de expresarnos con libertad. Por ejemplo, cuando yo conocí al Señor, hacía unos años que no lloraba por nada,

pero luego de recibir su vida, se abrieron las cuencas de mis ojos y quedé hipersensible. Desde entonces lloro por cualquier cosa, me emociono mucho, me conmuevo con facilidad, y simplemente puedo expresar fácilmente mis sentimientos.

Cuando los varones somos criados, es muy común que nos digan que los hombres no lloran, que debemos comportarnos como tales, y eso es muy malo, porque nos condiciona desde chicos, mientras que las mujeres lloran con toda libertad. Cuando leemos la Biblia, encontramos a Jesús llorando en más de una ocasión y eso debería darnos una gran lección, porque no hay ejemplo mejor de hombre que Jesús.

En el sistema se cultiva la idea de que los hombres más hombres son los fuertes y valientes de las películas de Hollywood, y que el complemento ideal es comportarse como un mujeriego ganador, pero cuando analizamos la vida de Jesús, no lo vemos pelear con nadie, ni lo vemos conquistando mujeres; sin embargo, es indiscutible que Él, es más hombre que cualquier hombre, que haya pisado alguna vez este planeta.

Al entrar en la vida del Reino, también comenzamos a sentir amor por los hermanos, y amor por el prójimo de manera diferente. Ese amor es lo que nos permite que podamos influenciar de forma positiva en todas las personas, y mantener una plena comunión con el Señor.

Cuando el amor de Dios nos alcanza, bajamos todas nuestras defensas, y el orgullo comienza a ser conquistado. Cualquiera puede defenderse ante la violencia, pero es imposible defenderse contra el amor. No importa cuán orgulloso pudimos ser, el amor de Dios nos derrite, y hace brotar en nosotros, un valor fundamental, que es “la humildad”.

La humildad Bíblica no es despreciarnos, ni tener una pobre opinión de nuestros dones o talentos. No se trata de auto-afligirse y decir “no soy nada, no valgo nada”, por el contrario, hemos visto el alto precio que Dios pagó por nosotros, y la humildad no contradice eso.

La humildad es señal de fuerza espiritual, y por esa fuerza, uno decide en ocasiones ceder sus derechos a otro, cuando es para el bien del Reino de Dios. Por ejemplo, permite que otro gran valor se manifieste, “el perdón”.

La humildad se refleja en la manera en que resolvemos nuestras dificultades, porque dejamos de reclamar derechos, y perdonamos, al igual que nosotros fuimos perdonados en todo. En proverbios, el humilde es aquella persona sencilla que no se siente amenazada por nadie y que no tiene que andar luchando contra las personas por “sus derechos”.

La humildad, también se refleja en la manera en que nos sometemos a las autoridades, tanto espirituales como terrenales, es lo opuesto a la soberbia, la arrogancia, y la

vanagloria, todas estas, caras de un mismo pecado llamado “orgullo”.

Según el diccionario de la Real Academia Española, humildad, es la virtud que consiste en el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades y en obrar de acuerdo con ese conocimiento. Espiritualmente, se evidencia con nuestra sumisión a Dios, y absoluto acatamiento de su voluntad.

La humildad no permite el egocentrismo. La humildad significa levantar a otros. Es rehusar colocarnos en un renglón superior. Es tomar el segundo lugar, o el tercero, o el décimo, según la voluntad de Dios, y estar igualmente contentos. Juan Calvino declaró que la humildad era “la raíz de todas las virtudes”, y esta es una gran verdad, porque solamente a través de ella, tomamos la actitud correcta delante de Dios, y eso permite que Él, como Dios, haga todo lo que desee con nuestras vidas.

Los griegos antiguos consideraban que la humildad era una característica negativa, y que no era saludable para nadie tener demasiada humildad. Ellos planteaban la necesidad de una buena autoestima para desarrollar una personalidad de avance y liderazgo. Sin embargo, las Escrituras nos muestran que esos, solo son pensamientos de hombres. Según Dios, la humildad es un valor fundamental y es muy poderosa para gobernar. Nos basta con observar a Jesús para comprender eso.

Por otra parte, la humildad es un portal necesario, para la llegada de otro valor trascendente como “la sinceridad”. No se puede tener comunión con Dios, sin comenzar a sincerarnos, respecto de nuestra real condición interna. Y esa sinceridad, va destrabando nuestra actitud respecto de las personas. Los hombres tenemos que aprender a ser más comunicativos y no guardar tantas cosas en el corazón, porque al hacerlo, corremos el riesgo de caer en actitudes hipócritas.

Es muy común, ante la hostilidad de nuestra sociedad, que levantemos fortalezas, para esconder algunos aspectos de nuestra vida, y ocultemos supuestas debilidades. Sin embargo, ser desnudados ante el Señor, nos permite mostrarnos mucho más sinceros ante todos los demás.

Por otra parte, la sinceridad, activa automáticamente, otro valor extraordinario del Reino, que es “la honestidad”. El valor de la honestidad no solo nos dignifica como personas; además, actúa como un mecanismo de paz y equilibrio mental. La capacidad de ser coherentes, de hacer llegar a otros nuestra verdad, nuestras necesidades y puntos de vista, facilita la convivencia. Esta dimensión actúa, como esa semilla a través de la cual crece la flor más hermosa de todas en nuestras relaciones, “la confianza”.

Nuestra vida en Cristo, que nos llena de luz, que nos hace libres, que nos permite amar, ser humildes, sinceros, y honestos, no solo nos vuelve confiables para Dios, sino que

inspira confianza en las personas. Porque estos valores deben ser la esencia de un verdadero hombre de Reino.

De manera natural, todos tenemos ciertos valores. Esos valores, algunas veces los adquirimos de manera inconsciente, a través de las experiencias de vida y otras a través de la educación que nos imponen nuestros padres y la sociedad en la cual vivimos. Esto determina la abundancia o la carencia de valores en nosotros. Pero, al entrar en la vida del Reino, todos nuestros valores, absolutamente todos, deben pasar por la cruz.

Cuando un hombre de Reino, no se rinde de manera absoluta a Dios, no evidenciará verdadero compromiso o responsabilidad, y por tal motivo, los demás valores, pueden verse limitados, o disminuidos en su manifestación. Por eso es tan importante, que todos los hijos de Dios, vivamos rendidos al Espíritu Santo y reconozcamos el inmenso valor de la cruz.

¿A qué me refiero con esto? Bueno, hay valores, que son social y culturalmente correctos, pero son ajenos a la vida de Dios. Es decir, todos los seres humanos amamos, pero nuestro amor, es selectivo, egoísta y limitado. Solo cuando recibimos la vida del Señor, entramos a una dimensión de amor, completamente desconocida para nosotros. Porque no es el amor humano, sino el amor Divino impartido a nosotros por el Espíritu Santo.

Lo mismo ocurre con el resto de nuestros frutos y valores. Solo en Él y por Él, podemos producir verdaderos frutos y acunar verdaderos valores, basados en la esencia de Su verdad y Su persona, no como el mero resultado de nuestro ego.

Así, desarrollaremos valores justos y equilibrados, basados en la revelación de la Palabra y la impartición del Espíritu Santo. Valores como la gratitud, el respeto, la amistad, la bondad, la dignidad y la generosidad, son elevados a una consideración que, posiblemente, nunca antes habíamos tenido. Por una sencilla razón, nunca antes habíamos vivido por la fe, y la Biblia dice que los justos debemos vivir por ella (**Romanos 1:17**), porque todo lo que no proviene de la fe, es pecado (**Romanos 14:23**).

Por lo cual, debemos considerar la fe como un valor espiritual absolutamente indispensable, porque sin fe, es imposible agradar a Dios (**Hebreos 11:6**). La fe es el móvil mediante el cual podemos alcanzar todo lo que Dios tiene para nuestras vidas, incluso, aquello que puede ser absolutamente imposible desde el plano natural.

Tener fe y vivir por ella, es la manera más elevada de adorar a Dios con nuestra vida, porque es la certeza y la convicción de que todo lo que Dios dice, es absoluta verdad. No se puede respetar lo que no se cree; por lo tanto, creerle a Dios y respetar su voluntad, es una regla fundamental del Reino. Cuando hacemos eso, estamos dando valor a la

justicia. Y bien sabemos, que todo hombre que no valore de manera especial la justicia, nunca será un gran hombre.

El mundo de hoy, no percibe diferencias substanciales con la iglesia, porque muchos hombres cristianos, expresan los mismos valores que propone el sistema. A nadie le llama la atención, que cantemos canciones en un salón, que levantemos las manos en alabanza, que oremos en voz alta, o que gritemos ¡Aleluya! Eso no nos hace distintos ni mejores que nadie, por el contrario, es lo que suelen utilizar contra nosotros, cuando un hermano no da un buen testimonio de vida.

Si, al igual que cualquiera, glorificamos el poder del éxito, del dinero y de la vanagloria de la vida, no produciremos ningún contraste con la sociedad. Ellos dirán: *“Son iguales que nosotros, hablan un poco diferentes, pero apetecen, buscan, trabajan y se desviven por las mismas cosas que el resto de los hombres...”*

Para vivir como verdaderos hombres del Reino, necesitamos volver a examinar nuestra escala de valores a la luz de la Palabra de Dios. Solamente a partir de la revelación suministrada por el Espíritu Santo, podremos restaurar o perfeccionar los verdaderos valores, despojándonos de todo vestigio de humanismo.

Dios está buscando hombres que piensen como Él, que sientan como Él, y que anhelan vivir como Él desea; es por eso que nos introduce en la vida del Nuevo Hombre. Quienes

hemos recibido semejante gracia, no tenemos excusas para abrazar los verdaderos valores del Reino. ¡Es tiempo de ser hallados en Cristo, el único hombre perfecto!

“Porque dentro de Él vivimos, nos movemos, y existimos; y como algunos de vuestros poetas dijeron: Somos del linaje, o descendencia, del mismo Dios”.

Hechos 17:28 ORO



Capítulo siete

HOMBRES INTEGROS DE VERDAD

*“A los justos los guía su integridad;
a los falsos los destruye su hipocresía”*

Proverbios 11:3 NVI

El término “integridad” deriva del latín “*integritas o integrãtis*”, que significa totalidad, virginidad, plenitud. Esta palabra se deriva del adjetivo “*integer*”, que significa intacto, entero, no tocado o no alcanzado por un mal.

Observando las raíces de este adjetivo, este se compone del vocablo “*in*”, que significa “no”, y otro término de la misma raíz del verbo “*tangere*”, que significa “**tocar o alcanzar**”. Por lo tanto, la integridad es el estado de alguien no alcanzado por un mal, o por un daño.

Bíblicamente, podemos decir que, en el antiguo testamento, la palabra hebrea traducida integridad significa

la condición de ser intachable; integridad es perfección, sinceridad, sensatez, rectitud, moralidad. Integridad, en el nuevo testamento, significa la honestidad y la adhesión a un patrón de buenas obras.

La integridad es el estado de lo que está completo o tiene todas sus partes, por lo cual, podríamos decir que integridad es plenitud de vida. Por supuesto, cuando escudriñamos las Escrituras, llegamos a comprender que Dios no ve la integridad como la ve la sociedad actual, porque la única integridad verdadera y absoluta, se puede vivir en Cristo.

***“No hay en la tierra, nadie tan justo
que haga el bien y nunca peque”.***

Eclesiastés 7:20

Cuando Dios creó a Adán, lo hizo totalmente íntegro, pero como todos sabemos, el pecado quebró su integridad. Primero, Eva y luego él, fueron penetrados en sus corazones por el pecado y, al igual que una joven que pierde su virginidad, después de su primera relación sexual, así les ocurrió a ellos. Una vez que eso ocurre, ya no hay retorno a la integridad y ese es el problema del ser humano. Perdón por mencionar ese ejemplo, pero es justamente el que describe la definición de la palabra integridad.

Todo ser humano, cuando nace, puede permanecer en estado de integridad, un breve tiempo, porque, aun siendo niño, pecará. El motivo de esto, es que la penetración del

pecado fue en el corazón de los hombres. Sin dudas, el ser humano tiene un problema de integridad, de corazón, no de obras de justicia que pueda realizar.

El Señor, durante toda la historia de lo que llamamos el Antiguo Testamento, se relacionó especialmente con aquellos que portaban un corazón voluntariamente inclinado a la integridad.

“Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él”.

2 Crónicas 16:9

Ahora bien, corazón perfecto para con Él, no era corazón perfecto en todo. De hecho, todos los hombres de fe, que nos inspiran con sus historias y su comunión con Dios, pecaron en más de una ocasión. Es por eso que el Nuevo Pacto, incluye el diseño de un corazón nuevo.

Noé se emborrachó y maldijo a su hijo. Abraham mintió respecto de su esposa, diciendo que era solo su hermana, y se acostó con la esclava para tener a Ismael. Isaac mintió al igual que su padre, Jacob era un perfecto embustero desde su niñez, Moisés le pegó a la piedra, cuando Dios dijo que le hablara, Aarón hizo el becerro de oro, Sansón vivía presumiendo su unción con las mujeres, Saúl peco en desobediencia, dejando vivo al rey de Amalec y lo mejor de su ganado. Es decir, el pueblo de Dios pecaba, los reyes

pecaron, los sacerdotes pecaron, los profetas pecaron, todos pecaron. Por eso el Padre tuvo que mandar a Cristo.

Incluso David, que según la Biblia, tenía un corazón perfecto para con Dios (**Hechos 13:22**), pecó con Betsabé y luego mandó a matar a su marido Urías el Heteo. Es decir, hubo hombres y mujeres de corazón perfecto para con Dios, pero no para con ellos, para con la sociedad o para con la vida misma. Todos pecaron, y nadie pudo ser totalmente íntegro.

“Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno.

No hay quien entienda.

No hay quien busque a Dios.

Todos se desviaron, y a una se hicieron inútiles.

No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”.

Romanos 3:10 al 12

Pero entonces, ¿cómo alguien puede llegar a ser íntegro? ¿Cómo Dios nos demandará integridad, si no podemos lograrla?

“La justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de

que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. ¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida. ¿Por cuál ley? ¿Por la de las obras?

No, sino por la ley de la fe”

Romanos 3:22 al 27

Jesús es el ejemplo perfecto de un hombre íntegro. Después de haber sido bautizado, fue al desierto para ayunar durante cuarenta días y cuarenta noches, tiempo durante el cual Satanás vino a Él, procurando tentarlo en el momento de su mayor debilidad. Su intención fue destruir su integridad y corromper su santidad, pero no pudo lograrlo (**Hebreos 4:15**); Jesús fue el único hombre que jamás pecó, perfecto, totalmente veraz, y siempre mostrando un modelo de buenas obras.

Los cristianos estamos llamados a ser como Jesús. En Cristo, somos nuevas criaturas y podemos ser considerados sin mancha delante de Dios (**2 Corintios 5:17, 21; Efesios 1:4 al 8**). En Cristo, también tenemos la permanencia del Espíritu Santo obrando en nosotros, santificándonos, y haciéndonos cada día más como Él (**Romanos 8:29; 2 Corintios 3:18**). También debemos esforzarnos, pero en Él, en Su gracia, y en Su poder, como dice en el libro de Filipenses:

“ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”

Filipenses 2:12 y 13

Es por el poder del Espíritu Santo, que somos totalmente íntegros delante de Dios, y cada vez más íntegros delante de la gente que nos rodea. Todo, por la operación de Su poder. Todos somos llamados a obedecer a Dios, y al hacerlo, somos personas con una moralidad e integridad absoluta. Pero nada de esto puede ser hecho por medio de nuestras capacidades, sino por medio de las virtudes de Cristo, que operan en nosotros.

Es muy importante comprender esto, porque de lo contrario, viviremos en gran frustración. Jesús dijo:

“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”

Juan 15:5

La integridad, en nuestro mundo de hoy, implica la incorruptibilidad moral. Los cristianos debemos ser aquellos que no podemos ser sobornados o que estamos en entredicho, porque servimos a Dios antes que a los hombres (**Colosenses 3:17, 23; Hechos 5:29**). Debemos ser personas que cumplimos nuestra palabra (**Mateo 5:27; Santiago 5:12**). Estamos para amar a quienes nos rodean, tanto de palabra como de hecho (**1 Juan 3:17-18; Santiago 2:17-18; Efesios 4:29**). Estamos llamados a creer en Dios y, por consiguiente, a seguirlo en todos nuestros caminos (**Juan 6:19; 15:1 al 17**). Nuestras vidas deben alinearse con nuestra creencia en Dios y evidenciar una confianza de que Sus caminos son los mejores (**Proverbios 3:5 y 6**).

Es todo un desafío vivir con integridad en un mundo donde los corruptos parecen ser favorecidos, por no mencionar nuestra batalla con nuestra propia naturaleza pecaminosa (**1 de Pedro 3:13 al 18**).

Vivir con integridad es seguir el ejemplo de Cristo. Y solo podemos vivir con verdadera integridad por medio de su poder, que bondadosa y libremente otorga, a los que son suyos (**Juan 16:33; Filipenses 1:6; Efesios 1:13-14**).

Para lograr esto, debemos pasar de un estado de justicia propia a un estado de justificación Divina

“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. Más por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios, sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito:
El que se gloria, gloriése en el Señor”

1 Corintios 1:26 al 31

“Por lo tanto, como dice la Biblia, si alguien quiere sentirse orgulloso de algo, que se sienta orgulloso de Jesucristo, el Señor”

1 Corintios 1:31 V.L.S

Debemos entender la integridad bajo los conceptos Divinos, para que no fundamentemos sobre nuestras obras, ningún reclamo de justicia. Debemos fundamentar todo en Cristo y en su justicia, solo así seremos llenos de su Gracia.

La gracia lo contiene todo, pero no puede ser gracia si procuramos algo desde nuestra justicia personal. Por eso, muchos hermanos no reciben todo lo que deben, en el Señor. Sencillamente, porque entraron al evangelio por la puerta de la gracia, y por alguna extraña razón, comenzaron a pensar que por sus obras merecen algo.

Cristo es el único que merece todo y nosotros vivimos en Él. Ese es nuestro derecho a la herencia. No nuestras obras. Lamentablemente, cuando alguien comienza a obedecer, a cambiar hábitos, a congregarse, a orar, a cambiar su conducta, comienza a pensar que se va haciendo merecedor, pero en realidad ese es su mayor error.

Nosotros no hacemos cosas para merecer, hacemos cosas porque vivimos en Cristo, y si el Espíritu de Cristo está en nosotros, simplemente daremos frutos. Es decir, no hacemos cosas para ser, sino porque somos, y todo eso nos viene por Su gracia.

Tratemos de comprender un poco más este asunto a través de la vida de Job, porque todos somos conmovidos por su dolor, pero no logramos comprender el motivo, ya que la Biblia dice que era un varón justo.

El problema es, que Job es un libro que está en nuestras biblias para darnos una enseñanza de vida y no para investigar lo teológico e histórico del asunto. Podemos ver en el libro de Job a un Dios que le da permiso al diablo para destrucción y buscar cuál es el motivo. Podemos hacer algunos debates teológicos, pero en realidad este libro considerado poético, no está para eso.

“Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”

Job 1:1

Al leer el libro de Job debemos comprender por qué motivo la Biblia dice que no hay nadie justo y aquí dice que Job era un hombre perfecto. De hecho, y para que no queden dudas, el mismo Señor lo dice en esa famosa reunión celestial.

“Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal, y que todavía retiene su integridad, aun cuando tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa?”

Job 2:3

Cuando leemos el libro de Job, nos impacta esta situación y todo el mal que sobrevino en la vida de Job. Algunos atribuyen livianamente esto, al hecho de que Job era temeroso y previsor. Y que le ocurrió esto por tener temor,

pero eso es ilógico de pensar. Solo es un argumento sin fundamento.

La vida nos parece injusta, y nos formulamos preguntas a las que no encontramos respuestas ni explicación que nos satisfaga, y desafortunadamente, muchas personas usan esto como base para no acercarse a Dios y recibir su amor. Pero, aun así, podemos contar con el conocimiento verdadero, el que viene de Dios mismo; es la verdad revelada en su palabra, que nos enseña cómo vivir en Él y como Él trata con nuestra humanidad.

Job era un varón justo. Vemos la experiencia de dolor que atravesó, luego de haber perdido una cosa tras otra, al punto de dejarlo enfermo y en la más terrible miseria. En unas pocas horas, Job y su esposa perdieron a su familia, a todos sus hijos e hijas, así como sus riquezas e inversiones comerciales. Pasaron de la riqueza a la pobreza, de la opulencia a la necesidad, de la felicidad a la desgracia. Y a pesar de sus grandes pérdidas, Job se sostuvo en integridad.

***“Y tomaba Job un tiesto para rascarse con él,
y estaba sentado en medio de ceniza.
Entonces le dijo su mujer: ¿Aún retienes tu integridad?
Maldice a Dios, y muérete”***
Job 2:8

Luego, entra en juego la opinión de sus amigos, que comenzaron a evaluar y hacer conclusiones sobre los motivos de lo acontecido a Job. Esos hombres insensatos hicieron

algo todavía peor. No solo pusieron en duda la integridad de Job, sino que dieron a entender que ni siquiera valía la pena esforzarse por ser íntegros.

Bildad afirmó que a Dios le importaba la integridad de Job tanto como la integridad de un gusano (**Job 25:4 al 6**). Elifaz, por su parte, le preguntó si su esperanza era su integridad. Como diciendo: si fuiste íntegro, de nada sirvió a tu esperanza, y si ahora perdiste la esperanza, ¿para qué te sirvió ser íntegro?

*¿No es tu temor a Dios tu confianza?
¿No es tu esperanza la integridad de tus caminos?*
Job 4:6

¿Alguna vez ha intentado consolar a alguien que está sufriendo un gran dolor? No es nada fácil. Pero las palabras de los compañeros insensatos que visitaron a Job, nos enseñan mucho sobre lo que no debemos decir.

Job, ante todos estos estúpidos argumentos de los supuestos amigos, se mantuvo en su postura y aun sin entender por qué motivo le ocurrió tanta desgracia junta. Dijo:

*“Mis labios no hablarán iniquidad,
Ni mi lengua pronunciará engaño.
Nunca tal acontezca que yo os justifique;
Hasta que muera, no quitaré de mí mi integridad.
Mi justicia tengo asida, y no la cederé;*

No me reprochará mi corazón en todos mis días”

Job 27:4 al 6

Imagínese a un hombre sentado en el suelo y lleno de úlceras dolorosas de los pies a la cabeza. Encorvado y con la cabeza gacha. Nadie podía comprender con plenitud lo que sentía. Sin energía ni siquiera para espantar las moscas que se le acercaban.

Para mostrar su duelo, Job se había sentado sobre cenizas. Lo único que hacía era rascar su piel lastimada con el pedazo de una vasija de barro. Este hombre había perdido todo. La verdad es que no podía estar peor. Sus amigos, vecinos y familiares, de una u otra forma, lo estaban cuestionando.

Sin embargo, ante las personas, él también esgrimía sus razones y volvía a sostenerse en integridad.

***“¿No ve él mis caminos,
y cuenta todos mis pasos?
Si anduve con mentira,
Y si mi pie se apresuró a engaño,
Pésame Dios en balanzas de justicia,
Y conocerá mi integridad”***

Job 31:4 al 6

Job sabía que la integridad se demuestra todos los días. Y así lo reflejó en su modo de vivir. Por ejemplo, evitó todas las formas de idolatría, trató a los demás con bondad y dignidad, se mantuvo limpio en sentido moral y cuidó su

matrimonio. Sobre todo, siempre fue leal a Dios. Por eso, pudo decir con sinceridad que no renunciaría a su integridad hasta el día de su muerte.

“Nunca tal acontezca que yo os justifique; hasta que muera, no quitaré de mí mi integridad”

Job 27:5

El gran problema de Job es, precisamente, que era un varón justo y así lo creía él, lo cual era cierto en buena medida. El problema no es que fuera un buen hombre, sino que su consciencia estaba fundamentada en su justicia, y en que su bendición era el resultado de sus buenas obras. No entendía la gracia, ni la soberanía Divina.

En cierto modo, Job perdió el equilibrio y se concentró tanto en defender su reputación de hombre justo, que se olvidó de buscar el pensamiento de Dios. Le hacía falta recibir ayuda y corregir su punto de vista. Por eso, el mismo Señor se le apareció.

En su aflicción, Job cuestionaba el trato injusto que había padecido. Había clamado por una oportunidad de ser juzgado por su justicia. Cuando Dios le habla finalmente, sus comentarios no son lo que nosotros hubiéramos esperado. Primero, Dios habla sobre los asombrosos actos de la creación, de sus maravillosas criaturas y del cuidado que proporciona a su obra.

Al hacer esto, le muestra a Job el poco entendimiento que tiene del gran panorama. ¿Cómo podía él discutir su caso con Dios como si fuese su igual? Si Dios está en tal sintonía con su creación, ¿cómo podía ser inconsciente del sufrimiento de Job? Job entonces llegó a percibir a Dios de una manera que no lo había hecho antes y dijo:

***“¿Quién es el que oscurece el consejo sin entendimiento?
Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas
demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía.
Oye, te ruego, y hablaré; te preguntaré, y tú me enseñarás.
De oídas te había oído; más ahora mis ojos te ven. Por
tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza”***
Job 42:3 al 6

Job tenía una justicia propia, edificada en el orgullo humano; y al hablar con el Señor, fue llevado de ese estado de justificación humana, a un estado de justicia divina. A final de cuentas, Job había tomado una decisión consciente de vivir por fe en la bondad de Dios y nunca volver a cuestionarla, independientemente de cualquier causa, provocación o tentación de hacerlo.

Integridad conviene a nuestra vida, pero nunca fundamentemos nada en la integridad netamente humana, porque no puede prevalecer. Nuestra justificación está en Cristo, porque nuestra justicia personal es como trapo de inmundicia delante del Señor (**Isaías 64:6**).

Después de que recibimos la justificación en Cristo, por la gracia soberana del Señor y solo después, podemos vivir en integridad verdadera. Lo que recibimos por gracia se debe desarrollar por gracia. Dios nos ha limpiado de todo pecado, y nos ha dado su Espíritu Santo, para que vivamos en verdadera integridad, es decir, en Cristo.

Los hombres religiosos terminan afincados en el orgullo, porque llegan a pensar que son sus obras de justicia, las que pueden promocionarlos ante el Padre. Los hombres de Reino, sabemos que nada hay en nosotros que podamos ofrecer como justicia. Solo Cristo es nuestra justicia, y nuestra integridad solo es posible en Él.

No son las buenas intenciones, sino la absoluta dependencia, la que nos permitirá ser hallados como hombres verdaderamente íntegros en Cristo Jesús, nuestro Señor.

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

2 Corintios 5:17



Capítulo ocho

¿MISIÓN CUMPLIDA?

*“Busquen al Señor mientras se deje encontrar,
Llámenlo mientras esté cercano”.*

Isaías 55:6

El apóstol Pablo escribió que no hay quien entienda, ni hay quien busque a Dios (**Romanos 3:11**); sin embargo, la Palabra nos anima a buscarlo en varios textos diferentes. Esto es, porque los hombres en tinieblas no hacen por buscarlo, más bien necesitan ser encontrados por Dios. Pero ya viviendo en luz, tenemos el deber de buscarlo cada día.

Esto nada tiene que ver, con la búsqueda de los que no saben dónde está, se entiende que eso lo tenemos claro, más bien es la búsqueda de una mayor, o más profunda comunión con Él. Este es un gran misterio, por eso la búsqueda de Diógenes me desafió, no para conseguir un título provocador, sino para desentrañar este misterio.

Desde los días de Adán, Dios siempre ha buscado a los hombres, porque los hombres en tinieblas, no hacen por buscarlo a Él, ni podrían encontrarlo. Es por eso que Dios se le apareció a Noé, a Abraham, a Jacob, a Moisés, a Gedeón, a David y a muchos otros hombres. Se reveló a ellos y les reveló sus planes. Nunca pretendió que fueran absolutamente irrepreensibles, pero los condujo por caminos de justicia.

En sus diferentes manifestaciones, el Señor fue creando la plataforma perfecta para la encarnación de Su Hijo, y fue dejando en claro la incapacidad de los hombres, para alcanzar justicia con una naturaleza pecaminosa. Algunos no comprendieron eso, y en los días de Su carne, fueron los mayores opositores de Jesucristo.

Jesús nació sin pecado y así vivió hasta el momento de su crucifixión. Él es y será por siempre el hombre perfecto. Lamentablemente, Diógenes de Sinope murió unos 323 años antes de la aparición de Cristo, es por eso que, por más que anduvo por todos lados con su farolito encendido, no pudo encontrar a nadie.

Hoy en día, no es el farol de Diógenes, es la luz de Dios la que nos permite encontrar al Nuevo Hombre, manifestado a través de cada uno de nosotros. De todas maneras, el desafío sigue vigente, porque la única posibilidad de encontrar al Nuevo Hombre, está en la capacidad que tengamos cada uno de los hijos de Dios, de despojarnos de nuestra vieja y viciada naturaleza.

En primer lugar, necesitamos la revelación de la obra consumada de Cristo, porque nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado fuera destruido, a fin de que ya no tengamos la inevitable tendencia de servir al pecado (**Romanos 6:6**); sin embargo, el apóstol también habló acerca de la necesidad de hacer morir, lo terrenal en nuestras vidas (**Colosenses 3:5**).

Esto no es una contradicción bíblica. Por medio del bautismo, nos hemos unido a Cristo en su muerte, y no me estoy refiriendo a una ceremonia religiosa, sino al acto espiritual de sumergirnos en Él. Al ser bautizados, morimos y fuimos sepultados con Él; pero morimos para nacer a una vida totalmente diferente. Eso mismo pasó con Jesús, cuando Dios el Padre lo resucitó con gran poder. Si al sumergirnos en Él participamos en la muerte de Cristo, también participaremos de su nueva vida (**Romanos 6:3 al 5**).

Cuando entendemos esto, podemos llegar a pensar que después de nuestra regeneración, no tendremos la necesidad de batallar contra el pecado, porque ya hemos sido justificados por la sangre de Jesucristo; sin embargo, hay verdades eternas que están envasadas en sucesos, pero solo son capaces de manifestarse a través de los procesos. Veamos lo que el apóstol Juan escribió acerca de nuestra condición:

“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.

Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros”

1 Juan 1:8 al 10

Afortunadamente, cuando pecamos, viviendo el Nuevo Pacto, podemos ir ante el Padre en arrepentimiento y confesar nuestro pecado. También debemos continuar el proceso de arrepentimiento, en el sentido de un cambio permanente de pensamientos para la evolución de la vida espiritual.

Por su parte, el apóstol Pablo utilizó una frase que ningún otro escritor del Nuevo testamento usó para describir la necesidad de tener una actitud de arrepentimiento, y de estar vigilantes en contra del pecado. ***“Más vosotros no habéis aprendido así a Cristo, si en verdad le habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”*** (Efesios 4:20 al 24).

La palabra despojaos en este versículo, significa, esencialmente, quitar algo que acompaña, cubre o completa. Pablo estaba enseñando a los miembros a alejar de ellos a la vieja naturaleza de pecado. Esa naturaleza es rebelde, ingobernable y perversa; incluso, el solo hecho de atenderla, puede hacernos caer en sus engaños y sus continuas manipulaciones.

Esa naturaleza carnal se opone naturalmente a Dios y a su perfecta voluntad (**Romanos 8:7**). Nuestro viejo hombre produce lo que Pablo llama, las obras de la carne (**Gálatas 5:19 al 21**), y no está capacitada para producir verdaderos frutos espirituales, por eso nos enseña a despojarnos de ella, sin otorgarle concesiones.

“Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedzcáis en sus concupiscencias”.

Romanos 6:11 y 12

Lo que Pablo quiere enseñarnos es que una vez que se nos revela la muerte que experimentamos en Cristo, en quien también morimos al pecado, tenemos que continuar en un proceso de **“hacer morir”**, las cosas que pueden volver, debido a nuestra naturaleza carnal.

Pablo escribió: **“No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos”** (Colosenses 3:9). La Versión Estándar Internacional dice: **“Dejen de mentirse unos a otros, ahora que se han quitado el ropaje de la vieja naturaleza con sus vicios”**. Quitarse el ropaje de la vieja naturaleza toma tiempo. Dios nos revela paulatinamente acerca de nosotros mismos por medio de la convicción espiritual, mientras le pedimos dirección y su indispensable operación.

Vemos que aún, décadas después de la conversión de Pablo, él seguía peleando esa batalla para sobreponerse al pecado y la carnalidad. Él se daba cuenta de que, aunque él había muerto al pecado en la persona de Cristo, y había entregado su vida por completo a la causa del Reino, todavía tenía una permanente batalla contra su naturaleza carnal, a la cual debía llevarla a la muerte cada día. Es por eso que, según la versión de lenguaje sencillo, escribió lo siguiente:

“Yo sé que mis deseos egoístas no me permiten hacer lo bueno, pues aunque quiero hacerlo, no puedo hacerlo. En vez de lo bueno que quiero hacer, hago lo malo que no quiero hacer. Pero si hago lo que no quiero hacer, en realidad no soy yo quien lo hace, sino el pecado que está dentro de mí”.

Romanos 7:18 al 20 VLS

Las buenas noticias son que mientras nos despojamos del viejo hombre y hacemos morir todas las obras pecaminosas, podemos revestirnos del nuevo Hombre, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno (**Colosenses 3:9 y 10**).

Una vez quitamos las obras, pensamientos y acciones del viejo hombre, debemos “revestirnos” con el nuevo hombre, en quien podemos ser hallados (**Filipenses 3:9**). Es decir, si hoy en día, Diógenes de Sinope nos alumbrara con su lámpara, debería encontrar en nosotros la esencia del Nuevo Hombre, y su misión sería concretada.

Debemos revestirnos del nuevo hombre. Estamos vivos delante de Dios cuando empezamos a reemplazar al viejo hombre con una nueva naturaleza santa. Ese estilo de vida solo puede venir por medio del Espíritu Santo de Dios, y la esencia de Jesucristo en nosotros. Esto es todo un privilegio y una gran responsabilidad.

Tal vez, Diógenes de Sinope fue simplemente un filósofo loco y descuidado, pero ciertamente a través de su búsqueda desenmascaró una dura realidad humana. No hay hombres plenamente íntegros y honestos fuera de Cristo. Quién no solo vino para mostrarnos la gran diferencia, sino para consumir un diseño que nos permitiera acceder a Él.

El Nuevo Pacto no pretende ubicarnos como espectadores del Hombre perfecto, sino para meternos en Él. Ahora no tenemos excusa, porque en Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**). La lámpara divina está encendida, para que podamos observar a Cristo, y para que podamos observarnos a nosotros mismos. Si nos reconocemos fuera de Él, debemos arrepentirnos y ubicarnos espiritualmente.

Pero reitero, no tenemos excusa, los hombres debemos salirnos del sistema y de la cultura actual, debemos salirnos de la mediocridad religiosa y debemos meternos de lleno en la vida del Reino. Hay demasiados hombres metidos hasta los tobillos, hasta las rodillas o hasta la cintura, pero hay muy pocos que se están dejando arrastrar por las corrientes del río de Dios.

No solo debemos procurar la llenura del Espíritu Santo, sino también, tal como he mencionado anteriormente, debemos sumergidos en Cristo. El evangelio del Reino no se basa en el control y la educación de los pecadores, sino en la muerte de la vieja naturaleza, y la edificación de los renacidos, para que todos podamos acceder a la plenitud de la vida en Él.

La lámpara de Diógenes no aparece por las calles de la sociedad actual, pero sí anduviera. ¿Qué encontraría? ¿Lograría ver al Nuevo Hombre en nosotros? Acaso si Diógenes nos viera, ¿podría llegar a gritar: Misión cumplida? ¿O tendría que seguir buscando? Bueno, creo que si los hombres del Reino, nos rendimos humildemente al Señor y cambiamos de actitud espiritual, ciertamente podemos ser hallados en Cristo con toda plenitud.

Por último, la religiosidad nunca expresará efectivamente a Cristo, si queremos ser hombres de Reino, debemos salir de la hipocresía religiosa y debemos meternos de lleno, en la vida del Espíritu. Esto no implica ser místicos, sino humildes, espiritualmente obedientes y sinceramente responsables.

Debemos resistir la hostilidad espiritual de las tinieblas, debemos detectar con discernimiento sus mentiras y maquinaciones. Debemos despojarnos de los deseos de la carne, y de la operación de una mente no regenerada. Debemos rendirnos al Espíritu Santo, abriéndole el corazón

sin reservas, para que pueda limpiarnos y quitar los velos que impiden el acceso a la revelación de la verdad.

Debemos ofrecernos cada día a Él, en íntima y verdadera comunión espiritual. Debemos ser más profundos, y sensibles, rindiéndonos cada día, al gobierno y la operación del Espíritu Santo. Debemos desarrollar la verdadera adoración espiritual, porque sin dudas, los verdaderos adoradores, podemos equivocarnos, y aún batallar con ciertas debilidades, pero jamás aceptaremos quedarnos varados en el conformismo de la mediocridad espiritual.

Los adoradores siempre queremos más de Él, queremos deleitarnos en Su presencia, queremos fundirnos en Él, queremos dejar de ser en nosotros mismos, para vivir en Él, solamente en Él...

Si hacemos esto, ciertamente seremos muchos los hombres en esta tierra, que podamos ser encontrados, expresando a Cristo, el Nuevo Hombre, viviendo como verdaderos embajadores del Reino.

“Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo! Todo esto proviene de Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el ministerio de la reconciliación: esto es, que en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándole en cuenta sus pecados y encargándonos a nosotros el mensaje de la reconciliación.

Así que somos embajadores de Cristo, como si Dios los exhortara a ustedes por medio de nosotros: En nombre de Cristo les rogamos que se reconcilien con Dios”.

2 Corintios 5:17 al 20 NVI



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

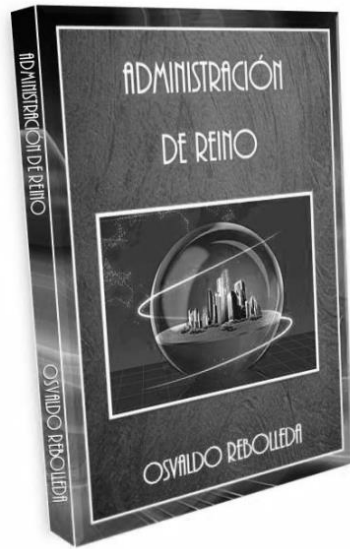
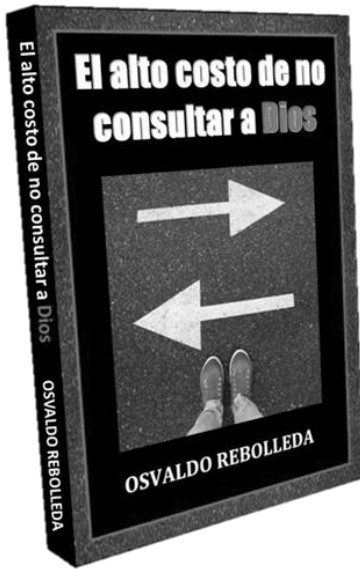
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

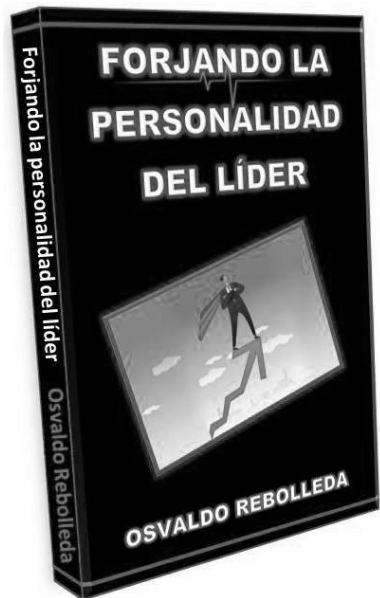
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



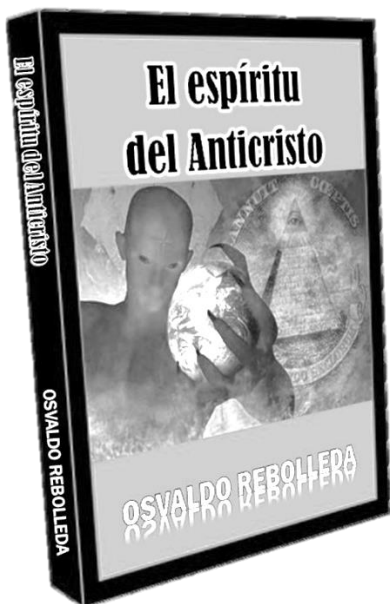
www.osvaldorebolleda.com



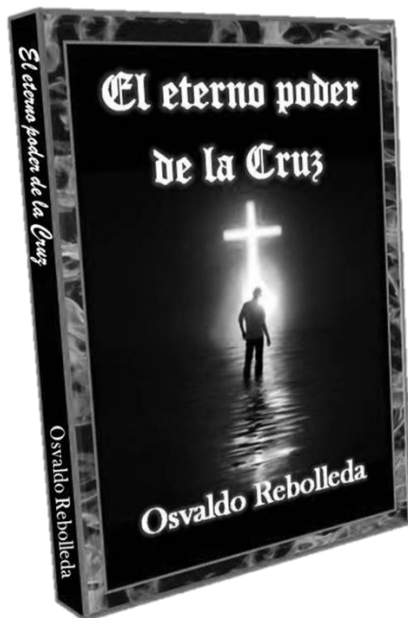
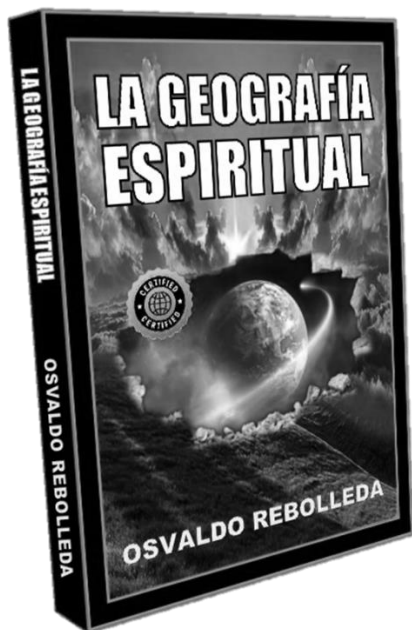


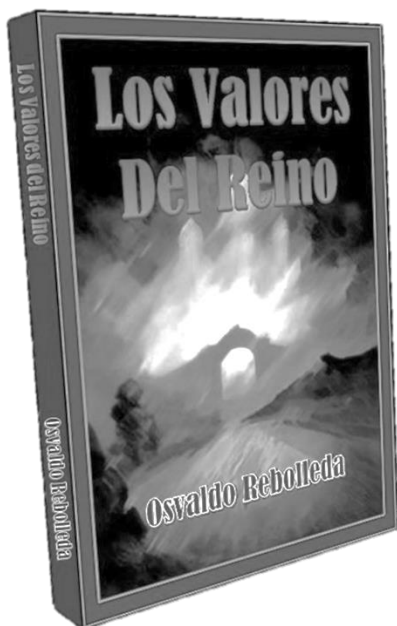
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com

